

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 37
1 Noviembre 1925



PINOCHO SE MARCHA AL NILO,
CON SINGULAR EMOCION,
A PESCAR UN COCODRILO.

EN LA PUNTA DEL ANZUELO
COLOCA SINDETIKON
ENVUELTITO EN UN PAÑUELO

EL REPTIL, CON HAMBRE HORRENDA,
SE ENGULLE AQUELLA RACIÓN
CUAL SI FUESE SU MERIENDA

LA BOCA DEL COCODRILO
HA QUEDADO TAN PEGADA
QUE YA PINOCHO, TRANQUILO,
LO CONDUCE CON UN HILO
COMO AQUEL QUE NO HACE NADA

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

LOS CELOS DE UN CHIMPANCÉ

El chimpancé es un animalito de fácil domesticación. Se acostumbra pronto a nuestras comidas; aprende a servirse de la cuchara y el tenedor como una persona; fuma, a veces, con exquisita elegancia, como un aristócrata; monta en bicicleta, guía un auto y, bien amaestrado, el chimpancé logra ser un actor cómico insuperable. Algunas dificultades tuvo en un principio el aclimatar el chimpancé en Europa. Casi todos morían de tuberculosis pulmonar. Pero desde hace tiempo, y procurándole ciertas comodidades, aquel animal puede desarrollarse y vivir entre nosotros como en su propia tierra.

Además de su forma, por demás grotesca, el chimpancé presenta para todas las personas un encanto inconfundible: su carácter, su temperamento, su manera de ser. El chimpancé es alegre, travieso, vivaracho, juguetón. Con todo juega y de todo, a lo que parece, se rie. Sólo cuando está enfermo se aleja a un rincón, triste y pensativo. Pero en los demás casos, si está saludable, el chimpancé no abandona nunca su buen humor y aparece ante sus amos risueño y alocado como un bufón divertidísimo.

No sólo la enfermedad consigue entristecer a estos animales. A veces un acontecimiento inesperado logra colocarlos en un estado de ánimo insufrible. El chimpancé es cariñoso, amable, bueno; pero el chimpancé es, además, envidioso y, sobre todo, celoso, celosísimo. Esta afirmación puede comprobarla lo ocurrido a Sir Enrique Johuston, hace unos años, con un animal de aquella familia.

Sir Enrique Johuston regresaba a Inglaterra acompañado de un simpático chimpancé que le habían regalado en Africa. Ni que decir tiene que Sir Enrique Johuston mimaba a su compañero de viaje. Lo atendía, en verdad, como a un niño. Lo sentaba a la mesa, le daba los mejores dulces, la fruta más en sazón, terrones de azúcar, pastas y licores. En el barco, en todas las personas que viajaban con Sir Enrique Johuston, parecía no existir más que una preocupación: el chimpancé. Este, por su parte, pronto se acostumbró a las comodidades que le ofrecía un camarote de primera clase en un buen vapor y a las atenciones y cuidados de un público tan fino y cariñoso. Aquello, desde luego, era más cómodo que el bosque, más adorable que la copa de un árbol. Antes su vida había sido libre, pero azarosa; ahora se le ofrecía con menos libertad, pero segura, fácil y muelle. El chimpancé comenzó a demostrar su gratitud como

mono, haciendo monadas inocentes. Estas monadas consiguieron redoblar las atenciones, es decir, aumentaron las donaciones de dulces. El chimpancé, al poco tiempo, dióse en adorar el lazo o trampa que lo recogió vivo una mañana en su país natal, en un bosque espesísimo. No era para menos.

En felicidad tan improvisada iba el chimpancé cuando el barco se detuvo en un puerto. En éste subieron al vapor varios viajeros, y entre ellos un matrimonio con un niño —con un niño, desde luego, precioso—, por lo menos, mucho más bonito que el chimpancé. En la primera comida Sir Enrique Johuston llevó a la mesa, como de costumbre, a su mono, y el matrimonio recién llegado, como acostumbra, a su hijo. Y aquí comenzó el martirio del chimpancé. Vió éste, con gran contrariedad, cómo algunos dulces, ciertas sonrisas, frases y halagos eran, no para él, sino para el niño. Aquello le molestó; pero no dijo nada, no hizo un gesto siquiera. Pero a los dos días el chimpancé comenzó a entristecerse lamentablemente. El niño resultaba ser más simpático que el compañero de Sir Enrique Johuston. El niño había ganado el cariño de todos. Sin ser mono, el chiquillo venía a ser monísimo, y las atenciones de que antes gozara el animalito, ahora eran de la exclusiva pertenencia de aquél. ¡Horrible tragedia! El chimpancé miraba al niño con mirada torva. Por lo que hizo luego podemos afirmar que el compañero de Sir Enrique Johuston odiaba al chiquillo. Y en este estado de ánimo, tan lamentable por parte del mono, continuó el viaje.

Pero una mañana —dos días antes de llegar el barco al primer puerto inglés— ocurrió un hecho que, de no atajarlo a tiempo, hubiera tenido tristes consecuencias. Sir Enrique Johuston pudo evitar la catástrofe. Su querido compañero intentaba hacer desaparecer a su terrible enemigo. ¿Cómo? El chimpancé había sorprendido al niño en su camita, durmiendo. El chimpancé lo había cogido tiernamente, sin despertarlo, y así había conseguido llevarlo a cubierta. Cuando Sir Enrique Johuston, que andaba a la sazón por allí, vió a su compañero, tuvo el tiempo preciso para evitar la desgracia. El chimpancé se acercaba a la baranda del barco para arrojar al niño, que aún dormía tranquilamente, al mar. Por fortuna, apenas vió el chimpancé a su dueño, dejó al niño en el suelo y corrió asustado, amedrentado, temeroso de la merecida paliza.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

Otras dos detonaciones rompieron el silencio. Pero esta vez un grito sofocado siguió al eco de aquéllas, y se vió al marqués de Halifax vacilar y llevarse una mano al costado. Algunos hicieron ademán de acudir a sostenerlo; pero el herido rechazó con el gesto su concurso.

—¡Sigamos! —dijo con voz un tanto débil, pero siempre cortante y preñada de rencor—. El duelo no debe cesar hasta que uno de nosotros no muera o no pueda disparar una pistola... y yo no estoy aún en esas condiciones, gracias al diablo mi compadre, ni he perdido todavía la esperanza de ver, antes de morir, la sangre de mi hermano bastardo.

El corsario fingió no oír las insultantes palabras y permaneció impasible. El duelo continuó; otros dos disparos repercutieron en los débiles ecos del lago helado.

Se oyó un gemido sordo, al mismo tiempo que el marqués de Halifax giraba sobre sí mismo y caía al suelo, revolcándose. Entonces sucedió algo horrible, monstruoso por la espantosa violencia de un odio enorme, por la increíble ferocidad de un alma baja e incapaz de todo sentimiento noble.

El herido, cubierto de sangre, invadido ya por el frío de la muerte, se arrastró desesperadamente hasta la pistola más próxima, jadeante, rechinando los dientes, concentrando los últimos restos de su agonizante vitalidad en la mirada sombría, en el acto bárbaramente homicida. Después de titánicos esfuerzos consiguió aferrar la culata del arma, e incorporarse sobre el brazo izquierdo y apuntando tembloroso a su hermano, disparó.

Una exclamación llegó a sus oídos, y pudo aún ver al corsario llevarse la mano al brazo izquierdo.

—¡Ah, por fin lo heril... Al menos tendrá un recuerdo de mi odio para toda su vida. ¡Ya puedo morir, pues que así lo quiso mi infeliz destino!

—Pero... muero mal... maldiciendo a todos... ¡Que sean... desgraciados... eternamente!... ¡Ah!

Palideció horriblemente, sus pupilas giraron en una suprema contracción de agonía, y se desplomó hacia atrás, quedando inmóvil. Había muerto.

□ □ □

Cuando Sir William volvió a bordo de la corbeta, fué acogido con las más calurosas demostraciones de júbilo, por su victoria, que para siempre le liberaba de un implacable enemigo. Mary Wentworth lo estrechaba en sus brazos, llorando de consuelo, y le decía las cosas más dulces y tiernas; el barón de Clairmont oprimía entre las suyas la mano derecha; Petifogue desahogaba su contento prodigando un mundo de galanterías a Liseta; Ulric expresaba a Wolf su contrariedad por la ausencia de Cabeza de Piedra, a quien tanto hubiera complacido presenciar la escena, y todos los marineros bailaban alegremente y se mofaban de los ingleses, haciéndoles gestos de desafío.

De pronto, algunos disparos de mosquete se oyeron; eran los ingleses, que contestaban a las burlas de los corsarios. Los proyectiles pasaron altos, pero fueron suficientes para que las hostilidades comenzaran. Los marineros de *La Tonante* volvieron a empuñar las armas más que de prisa y abrieron un nutrido fuego de mosquería contra sus adversarios, gritando con todos sus pulmones:

—¡Viva el corsario de las Bermudas!... ¡Viva la República americana!... ¡Abajo Inglaterra!

Pero los ingleses eran soldados de estima, y aun cuando las descargas de los corsarios hacían en sus filas grandes estragos, marcharon intrépidos al asalto de la corbeta. La nave, de pronto, se coronó de un relampagueo impresionante, y un estampido tremendo conmovió la atmósfera; eran los cañones del navío, que tomaban parte en la danza, sembrando la muerte entre los enemigos. Estos, sin embargo, eran en número más de dos veces superior, y poseían excelente armamento; aguerridos y valientes por virtud natural, animados por el furor, avanzaban vigorosamente, sin cuidarse de los destrozos que en sus filas causaba el fuego contrario.

Así llegaron a las muras de la corbeta, diezmados, pero ya fuera del alcance de los cañones, y montaron al abordaje. Empeñóse entonces una lucha feroz; oíanse foribundos golpes incessantes; gritos formidables y juramentos mezclábanse al estampido de las detona-

ciones, preñando el aire de un clamor horrible que el eco llevaba lejos sobre sus alas.

A despecho de la briosa defensa de los corsarios, varias decenas de ingleses consiguieron llegar al puente de la nave, conquistándolo palmo a palmo; y ya los corsarios comenzaban a dudar seriamente del resultado de aquella encarnizada lucha, cuando a lo lejos se oyeron innumerables gritos, y viéronse las orillas del Champlain cubrirse de infinitos puntos negros cada vez mayores, los cuales tomaban forma humana, figura de indios que corrían gesticulando y lanzando penetrantes aullidos. Después, como un eco débil apenas perceptible, llegó a oídos de nuestros amigos una característica exclamación:

—¡Cuerpo de todos los campanarios de Breñañal...

Fué un rayo de sol en medio de las tinieblas, una sacudida eléctrica en un cuerpo desvaído.

—¡Es Cabeza de Piedra, el maestre de *La Tonante*, que vuelve con sus mandanos y con los algonquinos!... ¡Viva, viva!... Un último esfuerzo... ¡Avante!

Los corsarios recobraron al instante la serenidad y se lanzaron furiosamente sobre sus contrarios, rechazándolos hasta el borde de las muras.

¿Pero a qué fin seguir narrando una lucha que ya se decidía lentamente?

Media hora después, Cabeza de Piedra llegaba a la corbeta seguido de Jor y de Riberac, a quien encontrara encerrado en una choza, con las manos y los pies atados, en medio de una floresta que los iroqueses habían incendiado, condenando al traficante a la hoguera india.

Los ingleses fueron muertos unos, hechos prisioneros los demás, Sir William los desarmó y los envió inermes al general Burgoyne, diciéndoles:

—Combatís por una causa injusta: la de todos los opresores. No obstante, vuestra culpa no es nada en comparación con la de quienes os envían al matadero, como pobres seres sin valor. Por eso os dejo en libertad, augurándoos un pronto retorno a vuestros hogares sanos y salvos. La libertad de América será pronto un hecho consumado; Dios mismo la quiere y ninguna potencia humana será capaz de impedirlo. Saludo en vosotros al valor infortunado. ¡D con Dios!

CONCLUSIÓN

La historia de la independencia de los Estados Unidos es sobrado conocida para que la detallemos aquí, en árido resumen. Así, pues, dejaremos a un lado todo el período de tiempo transcurrido desde los acontecimientos relatados hasta la liberación de América, para volvernos a encontrar un día, a bordo de un navío que se hacía a la vela para Europa.

Sobre este navío, que enarbolaba la enseña de los Estados Unidos de América, y en lo alto de la popa ostentaba en letras doradas el sobrenombre de *La Tonante*, se encontraban reunidas en el puente cuatro mujeres y algunos hombres.

Las mujeres eran Mary Wentworth, la baronesa de Clairmont, su hija y Liseta; los hombres eran Sir William Mac-Lellan, el barón de Clairmont y sus dos hijos, Cabeza de Piedra, Petifogue, los hessianos Wolf y Ulric, Jor, Riberac y el abate Rivoire.

La dicha más completa se adivinaba en los semblantes de cada uno de estos personajes; su horizonte no ofrecía nubes. Todos charlaban alegremente. Petifogue hacía cosquillas a su joven esposa Liseta, en tanto que Cabeza de Piedra le amenazaba:

—¡Ay de ti, mozo del Pouliguen, si no me fabricas pronto media docena de gavieros!... Ya sabes que he plantado a mis mandanos y a mis trece mujeres como *sakem* para servirme de padre. ¡Por tanto, es justo, cuerpo de mi pipa de familia, que seas un hombre!

Ulric se mecía más que nunca en sus ensueños de futuro gaviero. Riberac contaba sus guineas, que halló intactas. Sólo Jor parecía preocupado.

Sir William le preguntó la causa.

—¡Bah!, no es nada. Pienso en una circunstancia curiosa —respondió el canadiense—. En quién diablos pudo salvarme de los iroqueses que me perseguían cuando corría hacia el campamento de los mandanos.

Enrique de Clairmont, que lucía la divisa de coronel, como re-

compensa a los brillantes servicios prestados a la causa americana, soltó la carcajada.

—Fui yo, querido Jor —respondió— quien os salvé de un modo misterioso, inaudito. Sin embargo, os lo explicaré. Yo soy ventrilocuo; y al ver correr tras de vos a los iroqueses, cuando me hallaba cazando pieles, me escondí hábilmente e hice descender mi voz

desde lo alto, de manera que creyesen ser la del Gran Espíritu de los indios. Y así sucedió. ¿Comprendéis ahora?

Un coro de risas siguió a las palabras del gallardo oficial; y aquella muestra de unánime hilaridad resonó como la esquila serena de la felicidad con que la Providencia recompensaba una vida de peripecias, de abnegación y de heroísmo.

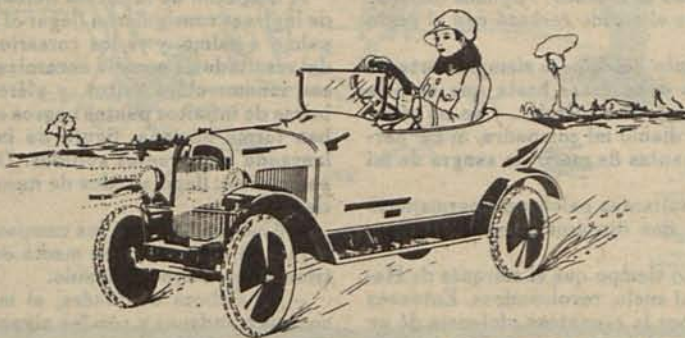
F I N

A LOS PINOCHISTAS

Como véis, aquí terminan las EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA. Pero no hay que apurarse por ello, queridos Pinochistas. En el número próximo comenzaré a publicar otra novela, también DE SALGARI, titulada LOS EXPLORADORES DEL MELORIA y que viene a superar, en interés y emoción, a las propias aventuras que concluyen en este número. Se trata de un relato magnífico, donde se presentan las más extraordinarias hazañas. Es poco todo cuanto yo diga de LOS EXPLORADORES DEL MELORIA. En el número próximo veréis que me he quedado corto al elogiar esta nueva novela del gran EMILIO SALGARI, vuestro autor predilecto.

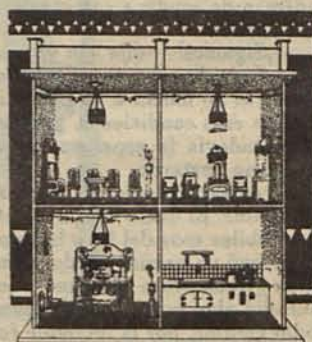


Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Dos colosales automóviles «Citroën».

Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.



Dos estupendas bicicletas para niño o para niña.



Una magnífica muñeca con su «trousseau» completo.

¡GRAN SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO!

¡Ya empieza a funcionar el bombo, amables Pinochistas! He convocado junta general para dentro de muy pocos días, y aquí vendrán a presenciar el hecho magnífico, D. Turulato y el Barón, Pirula y Currinche. El hecho no es otro que el gran sorteo de regalos, organizado hace tiempo por mi semanario PINOCHO. Hube de retrasar aquél, como visteis, para que todos los Pinochistas, así nacionales como extranjeros, pudieran probar su suerte en este bombo —grande como la cabeza de Chapete— y ya que veo a todos mis amiguitos con sus cincuenta números correspondientes, procedo al sorteo. Este tendrá lugar ante el notario de esta corte, D. Toribio Jimeno Bayón, y próximamente publicaremos los números favorecidos. Mi gusto hubiera sido efectuar este sorteo en público; pero en la imposibilidad de hallar un local a propósito, de capacidad suficiente para tanto Pinochista como hubiera asistido a este acto, me he visto obligado a hacerlo en casa de dicho señor notario, quien levantará acta del sorteo, intervenido por él como depositario de la fe pública. No merecéis vosotros menos que toda esta solemnidad y todas estas garantías.

Grande es mi nariz, Pinochistas; pero más grandes y monumentales son los regalos que se impacientan por correr hacia vuestras manos. El bombo empieza a funcionar. ¿Qué decidirá el bombo?

SUERTE, PINOCHISTAS!

Doce colecciones completas de las «Aventuras de Pinocho y Chapete», compuestas de treinta y tres tomos cada una.



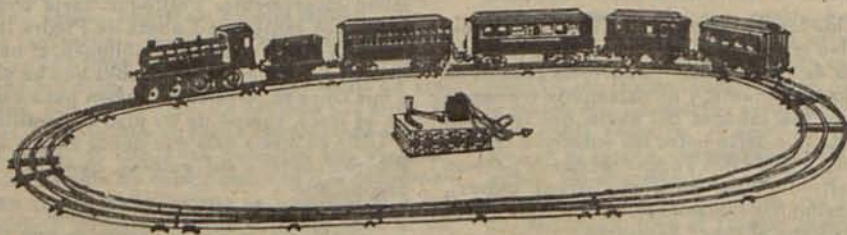
Tres magníficos triciclos con cadena de transmisión.



Dos formidables locomotoras con cuerda que marchan a gran velocidad.



Seis preciosas muñecas.



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.



Seis preciosas muñecas.

PINOCHO DEPORTISTA

DIVULGACIÓN DEPORTIVA

El atletismo, deporte clásico.

De todos los deportes, el más recomendable, por su clasicismo y su íntima relación con la cultura física, es atletismo.

Desgraciadamente, la marcha de esta organización deportiva en España es tan lenta, que puede decirse que aún no han logrado nuestros atletas despertar el interés del gran público.

Las marcas que nuestros atletas consiguen son modestas, no ridículas, pero quitando a Castilla (Madrid), Cataluña (Barcelona) y Vasconia (Bilbao y San Sebastián), puede decirse que el atletismo no existe en nuestra patria.

Si hojeamos una revista deportiva del extranjero, podremos ver los resultados de interesantes *matches* internacionales, *records* constantemente renovados, y lo que es aún más interesante, se deja traslucir el interés con que la gran masa del público sigue estas manifestaciones.

De verdadera odisea son las vicisitudes por que tienen que atravesar nuestros atletas. Los Clubs de Fútbol recargan a las entradas 0,10 ptas. para atender a la vida del atletismo. Este solo detalle puede darnos una idea del estado de cosas dentro del deporte atlético.

□ □ □

Pasemos ahora a describir en lo que consisten los ejercicios físicos de carácter atlético más corrientes:

El pedestismo es más popular, por decirlo así, dentro de la impopularidad del atletismo.

El pedestismo o la carrera a pie, como su mismo nombre lo indica, es la competencia de velocidad entre varios individuos, que se valen para ella de sus medios físicos o naturales.

Para participar en una carrera pedestre, yo os aconsejaria, pinochistas queridos, que ante todo os sometierais a un reconocimiento médico, detenido y profundo; a los enfermos del corazón o los pulmones, este deporte es muy perjudicial.

Se debe respirar siempre por la nariz y marcando en la respiración el ritmo de vuestros pasos.

La cabeza debe ir levantada, los brazos encogidos y marcando con ellos el compás de la carrera.

No corráis jamás antes de los diez y seis años una carrera superior a 5.000 metros.

Las pruebas clásicas son las de 100 metros lisos, 200, 500, 1.000 y 5.000. Estas pueden mixtificarse con el salto de vallas.

La carrera más popular es la que los ingleses



¿Que cuándo comenzaron los deportes atléticos? Con la humanidad. Cuando un hombre lanzó una piedra más lejos que la de otro, batió su *record*; lo mismo que cuando fué más lejos en la carrera o lanzaba sus dardos en las guerras primitivas con más violencia.

Ahora bien: las exhibiciones atléticas comenzaron, según las crónicas, en las Olimpiadas de Grecia y los Juegos de Roma.

Los deportes atléticos tienen en algunos momentos riquezas artísticas en la línea, que dieron lugar a obras de arte, como los discóbolos de Mirón y Praxiteles, los atletas



Antonio Sicilia, el día de su homenaje, retratado con su hijo, otro futuro «as».

Foto. ALVARO.



Monjardín, el formidable centro delantero del «Real Madrid», cuya repatriación es objeto de los más vivos comentarios.—Foto. ALVARO.

de F. Leighon y A. del Pollaico y el gladiador de Agacias.

El atletismo tiene en los países que marchan a la cabeza de la civilización una importancia trascendental.

No ya en los juegos olímpicos que se celebran de cuatro en cuatro años, sino también en infinidad de pruebas de carácter internacional se pone de manifiesto el interés que despierta esta clase de deportes.

Dos partidos de emoción del campeonato de fútbol. Sus enseñanzas.

Se han jugado dos partidos de indudable emoción en los campeonatos regionales de fútbol.

En la Región centro se enfrentaron el «Racing» y el «Madrid», los dos sañudos rivales, y obtuvieron el nivelado resultado de un empate a cero.

¿Por qué esta nivelación? Muy sencillo, mis pequeños amigos; porque lo mejor de ambos bandos es el trio defensivo, y lo peor, los avances; pues la nulidad de Abras dió como resultado el que toda la línea racinguista quedara truncada.

He aquí la enseñanza que de este partido puede sacarse:

Ni con la nueva regla del «off-side» se consigue marcar tanto, cuando el guardameta y los defensas de un equipo no acompañan.

El «Real Donostiarra» venció en su campo de Amute al «Real de Irún».

Enseñanza: Cuando un equipo tiene compenetración, triunfa, aunque se enfrente con otro de «ases» y en su mismo terreno.

Monjardín, «as» de «ases».

Qué vamos a decirte, querido lectorcito, que tú no sepas de Monjardín.

Ese gran jugador, que tantos días de gloria ha dado al fútbol hispano, ha jugado un partido a beneficio del veterano Sicilia; y ¡cómo ha jugado! Digan lo que quieran los eternos «negativos», Monjardín es lo que siempre ha sido: el mejor delantero centro de España.

Partidos Pinochistas suspendidos.

Se suspendieron a causa del mal tiempo los partidos Pinochistas que habían de jugarse el pasado domingo.

MÁLAGA

Hoy se ha celebrado en el campo del «Malagueño» un borras



El guardameta del Racing, Zubeldia, en su gran actuación contra el Madrid. Foto. ALVARO.

□ □ □

Ayuntamiento de Madrid

coso partido de fútbol entre la «Real Balompédica Linense» y «F. C. Malagueño».

En casi todo el tiempo que duró el partido, los de la «Balompédica» emplearon un juego tan sucio y agresivo, que no tiene comparación.

Querían a toda costa ganar el partido, sea como fuere, y hacían uso de todos los procedimientos, lícitos o no, para conseguirlo. No obstante eso, ganaron los del «Malagueño» por 5 a 1.

El juego de los malagueños fué un poco duro, si bien se ha de hacer constar que no podían proceder de otra manera, ya que sus contrarios tiraban a dar.

Se distinguieron: por el «Malagueño», Fuentes, Ruiz, Casero y Lara.

Por la «Balompédica», Moro, Faico y Armando.

El señor Mediavilla, árbitro, lo hizo acertadamente, enérgico sobre todo.

MELENITAS.

BADAJOZ

En el partido últimamente jugado en Badajoz, obtuvieron el triunfo los locales por 2 tantos a 0.

La primera vez que el esférico traspasó las redes cacereñas fué de «penalty», y la segunda, una clásica arrancada de Mariano, aunque, a decir verdad, tanto tuvo de plausible la ejecución del «goal» como el pase preciso de Tortosa, que puso el esférico en los pies de Mariano.

El árbitro, señor Zarragoitia, imparcial.

«Zumárraga F. C.», 1; «Goyerri Sport», 1.

Este partido correspondía al mismo distrito y serie que el anterior. Empataron a 1 «goal».

Jugaban en las filas del «Zumárraga F. C.» los villafranqueses Shotero Jauregui, Santiago Garín y los hermanos Rezola (Joaquín y Rufino), los cuales se distinguieron.

El partido se jugó en el campo de Elizalde, de Villarreal.

«C. D. Inca», 1; «Amaika bat», 0.

El mismo domingo, se jugó en el campo de Arana, de esta villa, ante escasa concurrencia, el encuentro entre el «C. D. Inca», de Tolosa, y el «Amaika bat», de San Sebastián, correspondiente al campeonato de la serie B.

Vencieron los tolosanos, por 1 «goal» a 0.

El partido fué muy competido, y en él se vieron jugadas meritisimas.

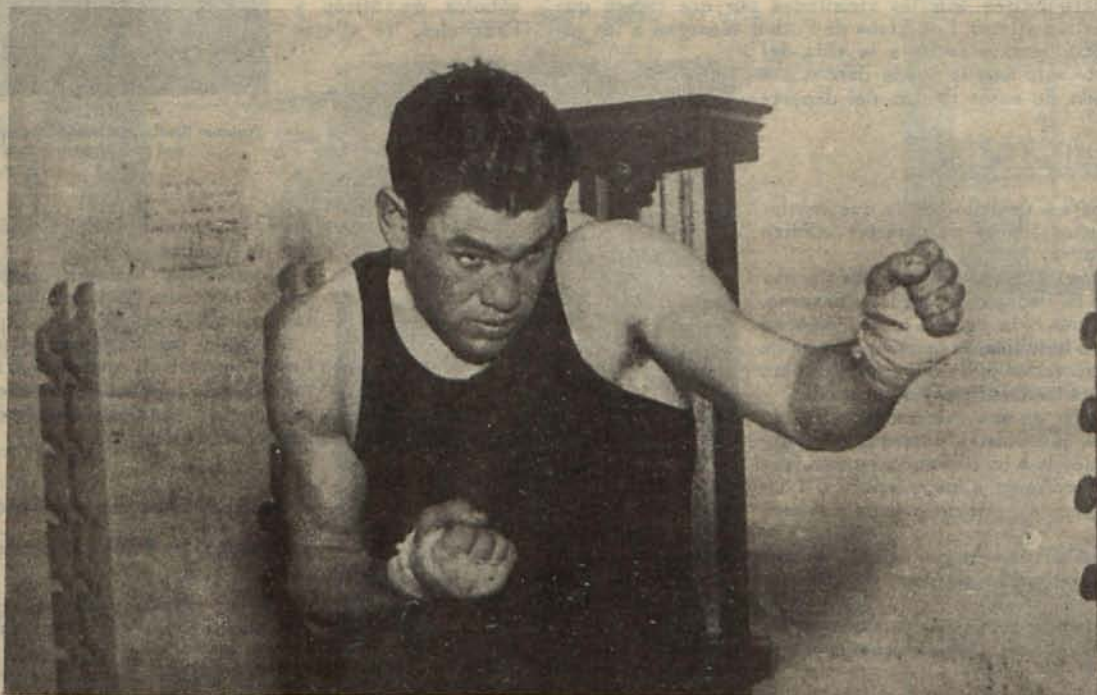
En general, dominó el «Amaika bat»; pero la suerte le fué adversa. Los tolosanos jugaron con gran entusiasmo.

Se distinguieron del «Inca»: Cenzano, portero, que jugó formidablemente; Larrañaga y Ugarte. Los demás, bien.

De los donostiarras se distinguieron el portero y la línea media.

El árbitro, que era el Sr. Aldabaldetrécu, cumplió su misión admirablemente.

PEDRO BEITÍA.



Ultimo retrato del campeón español de boxeo, Paulino Uzcudum, antes de su viaje a América.

Foto. ALVARO.

Se alinearon los equipos de la siguiente forma:

«Atenas F. C.» (Cáceres): Díaz; Moraleda, Visel (J.); Martínez, Corchado, Fernandez; Campón, Villotas, Turégano, Calderón, Visel (R.).

«Deportivo Extremeño» (Badajoz): Plácido; Alfredo, Marianito; Soler, Prieto, Vicente; Terreno, Loaisa, Nevado, Tortosa y Mariano.

Se destacaron en el equipo de Cáceres: Díaz, Turégano, Visel, Moraleda.

Y en el de Badajoz: Plácido, Alfredo, Mariano, Terreno, Vicente, Marianito.

MARCIAL DÍAZ SERRANO.

VILLA FRANCA DE ORIA

Diversos partidos.

«Beasain F. C.», 4; «C. D. Santa Ana», 1.

El pasado domingo, día 4, contendieron en el campo de Sempere los equipos arriba mencionados, en partido correspondiente al campeonato guipuzcoano, del distrito de Tolosa, serie C.

El hermoso campo de Sempere presentaba un aspecto hermosísimo, y estaba lleno de personas ávidas de presenciar este encuentro competido.

Ganó el «Beasain» por 4 «goals» a 1. Este «goal» santanero lo hizo Gabarain.

Se distinguieron Laplana, portero del Santa Ana, y Larrañaga, del Beasain.

CONCERTANDO UN «MATCH» PINOCHISTA EN BUENOS AIRES

HÉCTOR GIUDICE.—El club «Pinocho», a que aludes en la tuya, es un filial del «Wanderers Foot-ball Club», y creo que, dada su extraordinaria importancia, será relativamente fácil buscarlo en Buenos Aires para entablar la amigable contienda.

Creo que ahí, en la «Federación de Clubs de Foot-ball», podrán informarte detalladamente, ya que no dudo que en Buenos Aires existirá, como aquí, aquella institución.

«Sportivo Chapete», 3; «Federal Argentino», 0.

El domingo 13 de septiembre, se realizó en el «field» de «Sportivo Chapete» un partido entre los «teams» ya nombrados.

Los «goals» los marcaron los tres centrales en forma espectacular.

«Sportivo Chapete» formó así: Baliñas; Arana, De la Torre; Tenaglia, René, Giudice; Manueli, Luzati, Severino, Calcagno, Irigoien.

Marcaron los tres tantos Luzati, Severino y Calcagno.

HÉCTOR GIUDICE.

LA PRINCESA BELLEZA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Yendo de cacería un rey, penetró en una granja a descansar. En ella estuvo un rato, sin darse a conocer. Los dueños de la casa unos buenos aldeanos—, estaban muy contentos porque les había nacido aquel día un hijo, e hicieron al huésped objeto de las más delicadas atenciones. El rey, al enterarse del acontecimiento, dijo al dueño de la granja:

—Cuando tu hijo tenga uso de razón, harás que aprenda idiomas; y cuando cumpla los quince años, entrégale esta cruz y dile que venga a buscarme a la ciudad.

Aprendió el chico varias lenguas, y al cumplir la edad fijada, sus padres le entregaron la cruz que había dejado el rey. Tenía una inscripción en latín que decía: «Soy el rey y quiero protegerte, ven a buscarme a la ciudad».

El muchacho dijo a sus padres:

—Mirad lo que el rey ha escrito para mí. Es preciso que vaya en su busca.

El padre le concedió permiso para ello, e hizo que le acompañase un criado de la granja.

Después de algunas horas de camino, el muchacho sintió hambre y se sentó a comer al borde de una cañada. Cuando iba a ponerse en pie para proseguir la marcha, vió que el criado le amenazaba con un puñal diciéndole:

—¡Dame ahora mismo tu traje y ponte el mío! Desde este momento tú eres el criado y yo el amo. Y júrame que no dirás nunca a nadie lo que ha pasado entre nosotros.

El joven, ante la amenaza de muerte, obedeció e hizo el juramento siguiente: «Sólo en el caso de que yo muera y resucite podré denunciarte».

Siguieron el camino, y llegaron al palacio del rey. Este, al ver la cruz que le presentaba el criado vestido con el traje del amo, le dió un abrazo y le aposentó lujosamente. Mientras tanto, el hijo de los aldeanos, convertido en criado, fué a alojar con la servidumbre.

Pasaron varios días; el infame impostor se fingió enfermo.

—¿Qué podemos hacer por tí? —le preguntó el rey.

—Traerme una col de las que guarda el dragón.

—Eso, hijo mío, es poco menos que imposible; reyes, príncipes y guerreros han ido con la misma aspiración y han quedado en aquellos parajes para siempre.

Pero el malvado, que lo que pretendía era hacer desaparecer a su amo, para que no se descubriese jamás la suplantación, dijo:

—Que vaya mi criado. Es muy listo y lo conseguirá.

El rey mandó llamar al muchacho y le ordenó que lo hiciese.

Ya podéis pensar las angustias y temores que asaltaron al desgraciado joven.

No obstante, se dispuso a obedecer. La víspera de la partida, se le apareció en sueños una anciana y le dijo:

—No te apures, hijo mío; yo te indicaré lo que debes hacer para triunfar en la empresa: «Toma cuarenta cantaritos de miel y cuarenta jarras de leche y parte con ellas en busca del dragón. Procura llegar a su guarida antes del medio día, porque a esa hora no está allí la fiera. Yo te daré más instrucciones en el camino».

Pidió el joven dichas cosas al rey en cuanto se levantó, y encaminóse en busca del dragón. Antes de llegar, le salió al encuentro la

vieja y le dijo: En cuanto llegues, procura barrer bien la caverna y luego coloca a la vista la miel mezclada con la leche. Una vez hecho esto, escóndete.

Llegará el dragón, beberá la mitad y exclamará: «Que se me presente al instante la persona a quien debo esta merced; quiero verla». En seguida, dejando el escondite, saldrás tú. El dragón querrá premiarte con algo, y entonces tú le dices que te dé una col de las que guarda. El te responderá que escojas cuantas quieras.

Todo pasó tal y como lo predijo la viejecita. El dragón llegó armando mucho ruido y se bebió la mitad de la leche y la miel. Concedió al muchacho lo que deseaba, y éste, dándole efusivamente las gracias, emprendió el regreso.

Poco después llegó al palacio y entregó al rey la col prometida.

El enfermo pareció curado en seguida que la comió; pero a los pocos días hizo como que se ponía malo otra vez.

Oyéndole se diría que estaba a las puertas de la muerte. Apesadumbrado el rey le preguntó qué podían hacer por él. El malvado pidió que le llevasen la Princesita Belleza.

—¡Hijo mío, de buena gana te complacería; pero los que han ido a buscarla han perecido siempre!

—Que vaya mi criado' que saldrá victorioso de la empresa.

Ante aquella seguridad, el rey ordenó al joven, bajo pena de muerte, que fuese a raptar a la Princesita Belleza y la llevase a su presencia.

El pobre joven, seguro de que aquella vez iba a morir, pasó el día llorando; mas por la noche se le apareció la anciana que le protegía y le dijo:

—Pídele al rey mil corderos, cuatro carneros, cien quesos, cien cántaros de miel y diez rubies. Llegarás al castillo de la Princesita Belleza y degollarás los corderos. Estos están destinados a las águilas que hay en el patio, entre la primera puerta, guardada por dos leones, y la segunda, guardada por otros dos. El queso y la miel son para las hormigas y las abejas que hay en el mismo patio. Los carneros son para los leones. Una vez que les hayas repartido la comida, todos se mos-

trarán muy agradecidos y querrán recompensarte; pide un pelo a los leones, un aguijón a las abejas, una antena a las hormigas y una pluma a las águilas, y guárdalos.

Todo pasó como lo había predicho su protectora. Provisto de los amuletos llamó nuestro joven en la puerta de la Princesita Belleza.

Esta apareció rodeada de quince muchachitas, y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí?

—¿No ves que soy un hombre? Y vengo para llevarte conmigo.

La Princesita soltó la carcajada.

—Correrás la suerte que los demás. Nadie ha podido llevarme nunca.

Dicho esto, se asomó a la puerta, llamó a los leones y les preguntó:

—¿Por qué habéis dejado pasar a este hombre?



—Porque de ti no recibimos más que un trocito de carne podrida, y él nos ha traído un carnero a cada uno.

Luego interrogó a las águilas:

—¿Por qué habéis dejado pasar a este hombre?

—Porque nos ha dado un cordero a cada una, mientras que tú no nos das nada.

La misma pregunta hizo a las hormigas y a las abejas. Estas respondieron:

—Tú no nos das más que cera, y él nos ha traído miel.

Las hormigas, por su parte, dijeron:

—En vez de migas de pan, gracias a él, hemos comido trigo.

En vista de aquello, la Princesita dijo al joven:

—Hagamos tres apuestas; si las ganas, te pertenezco.

—Acepto —contestó él—. Veamos en qué consisten.

—Yo haré un montón con centeno, trigo, cebada y tierra, todo mezclado.

Tienes que separar todas estas cosas en una sola noche.

—Perfectamente.

—Luego has de ir a las dos montañas que se abren y se cierran, para coger allí el agua de la Inmortalidad.

—Iré.

—Y, por último, yo me vestiré igual que estas quince muchachitas; todas llevaremos espesos velos echados a la cara. Tú debes adivinar, entre todas, cuál soy yo.

—Conforme.

Para salir victorioso de la primera empresa, el muchacho no vaciló en llamar en su auxilio a las hormigas, con la antena que le habían entregado en prueba de amistad. Minutos después habían acudido todas.

—¿Podéis vosotras —les dijo—, separar en una noche todos los granos y tierra que ha revuelto la Princesita en este montón?

Las hormigas asintieron, en vista de lo cual el joven se fué a la cama y durmió tranquilamente hasta el amanecer. Entonces se levantó, fué a ver si las hormigas habían cumplido su palabra, y cómo, en efecto, los granos estaban perfectamente separados, se volvió a dormir.

Al levantarse la Princesita Belleza y ver que el trabajo estaba realizado, le dijo:

—Has ganado la primera apuesta. Veamos las otras dos.

Para ganar la segunda apuesta, comenzó por quemar la pluma que le habían dado las águilas. Pocos momentos después le rodeaban estas aves.

—Quiero poseer un poco del agua de la Inmortalidad, que se encuentra en el seno de las dos montañas que se abren y se cierran. Ya sabéis que no están abiertas más que media hora, de doce a doce y media del día; convendría, pues, que estuviésemos allí a las doce en punto. ¿Estáis dispuestas a ir?

—En seguida —respondieron las águilas.

—Esperad un instante, que voy en busca de una botella.

A poco volvió y salieron al campo. Las águilas volaban lentamente sobre la cabeza del joven, formando como un toldo negro que le resguardaba del sol. Él las miraba lleno de orgullo y alegría, como mira un general las tropas disciplinadas que lleva a su mando.

No tardaron mucho en llegar a las proximidades de las montañas. A las doce en punto, las águilas más fuertes bajaron a tierra para que el joven se montase en ellas. En esta forma emprendieron el vuelo. Llegaron a la abertura de las montañas, descendieron a su seno y se mantuvieron a ras del agua mientras el joven llenaba la botella.

—Date prisa, date prisa, que van a dar las doce y media y nos podemos quedar aquí encerrados.

—No me apresuréis.

Las águilas estaban impacientes. Al fin, el joven, dió la voz de salida, y las majestuosas reinas del aire atravesaron el boquete de las montañas, dando unos graznidos formidables.

—¿Por qué gritáis de ese modo?

—Porque hemos burlado la prisión que nos amenazaba.

Una hora más tarde tenía la botella en sus manos la Princesita Belleza, y confesó haber perdido la segunda apuesta.

Quedaba la última, la más difícil. Veamos lo que pasó:

Prendió fuego el joven al agujón que le habían dado las abejas, y pronto las vio llegar. Cuando hubieron acudido todas, les hizo la siguiente pregunta:

—¿Qué debo hacer para que mis ojos reconozcan a la Princesita cuando esté rodeada de las quince muchachas, vestidas como ella, y cubiertas todas con un velo?

—La cosa es bien sencilla —dijo la reina de las abejas—: yo te lo diré. Cuando estéis reunidos, penetraré en la habitación y me colocaré sobre el velo de la Princesita. En seguida vas tú y coges su mano; pero ten en cuenta que si la sueltas y se marcha, no podrás volver a indicarte nada.

Aleccionado de esta manera se quedó tranquilo el muchacho.

A la hora fijada penetró en el salón. Las muchachitas, vestidas de blanco, altas y esbeltas, producían un efecto de ensueño en aquella habitación tapizada de azul. Pasada la primera emoción, puso a buscar con la vista a la abeja y la vio posada sobre el velo de una de ellas. Sin titubear un momento, se fué hacia ésta y la cogió de la mano, diciéndole:

—¡Tú eres! Tú eres y ya no te suelto. Eres mía, sin discusión alguna.

—Es verdad —dijo la Princesa—. Has sabido vencerme.

Aquel mismo día salieron en dirección al palacio. Cuando llegaron, el rey ordenó que la Princesita fuese junto al enfermo y que el joven volviese a su sitio, entre los criados.

Pero el malvado, al ver que le fallaban los planes, no se dió por contento. Tuvo la osadía de pedir al rey que diese muerte al joven, y al ver que le negaban esta petición, cogió un puñal, bajó al departamento de los criados, y, mientras dormía nuestro héroe, le asesinó.

En cuanto la Princesita Belleza se enteró del crimen, hizo que transportasen al muerto a sus habitaciones particulares, y le echó en la boca un poco de aquel agua de la Inmortalidad que había logrado el joven a costa de tantos esfuerzos. El efecto fué casi repentino; el muchacho resucitó ante la admiración de todos los presentes.

Lo primero que hizo al volver a la vida nuestro héroe fué recordar todo lo que le había ocurrido desde que salió de casa de sus padres, y, por lo tanto, se acordó también del juramento que había hecho a su criado, cuando éste le despojó de los vestidos. Y como este juramento ya no era válido, puesto que había muerto y resucitado, decidió aclarar la situación y volver al puesto que le correspondía.

Para ello hizo que llamasen al rey, y al tenerle presente, le habló de este modo:

—Señor, vuestro protegido soy yo, y el fingido enfermo es mi criado, el cual, cuando veníamos a presentarnos a Vuestra Majestad, apenas estuvimos a unas leguas de mi casa, me despojó violentamente de mis trajes y de la cruz que había de servir para que me reconocierais.

—¿Cómo puedes probar eso que dices?

—De un modo muy sencillo: por indicación vuestra aprendí varias lenguas en mi niñez. Yo mismo descifré la inscripción latina de la cruz; pedidle a él que la lea.

Así lo hicieron, y se descubrió la superchería. El rey, admirado, preguntó al muchacho:

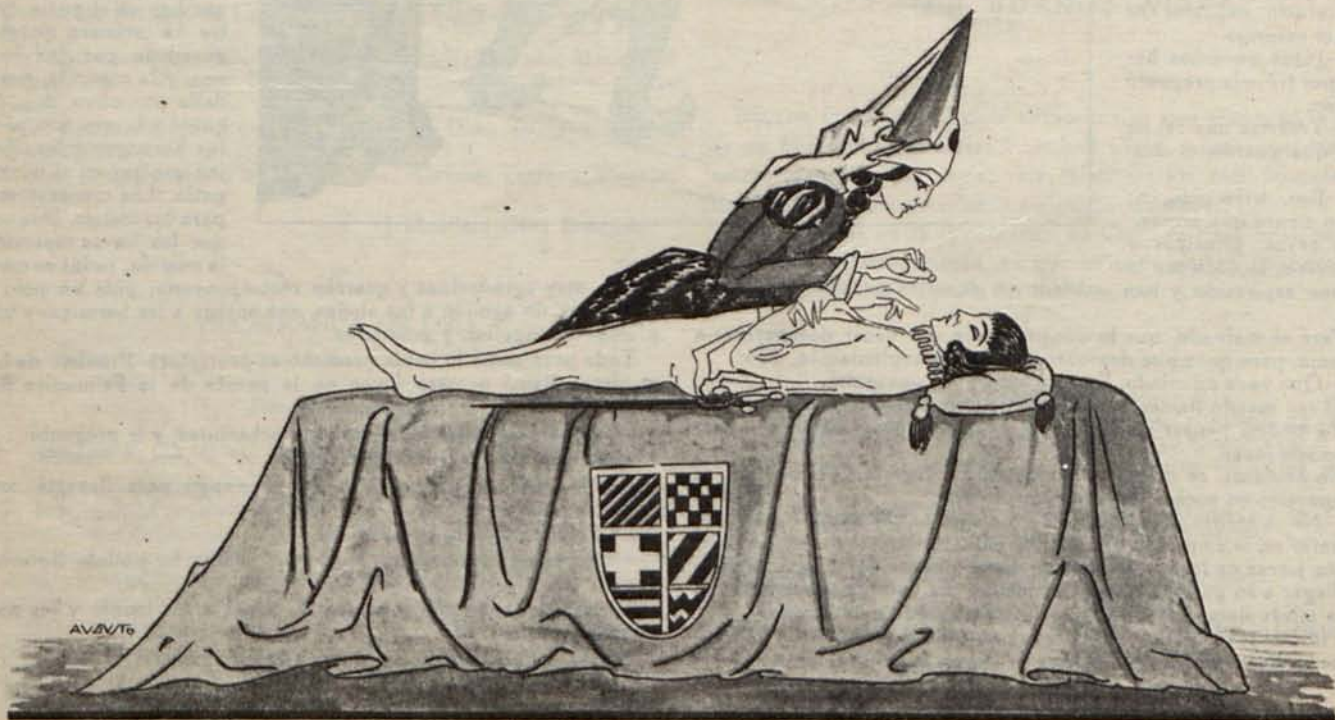
—¿Y por qué has callado todo eso? ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque le había jurado no decir palabra sino en el caso de morir y resucitar.

Sería muy largo trasladar aquí punto por punto las explicaciones y demostraciones de alegría que hubo entre ambos. Contentísimo el rey, le casó con la Princesita Belleza y le nombró su heredero.

Al malvado criado, le aplicaron un justo y ejemplar castigo.

FIN



FENISTE

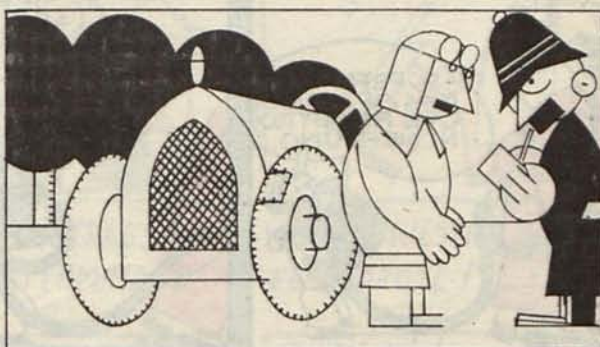
B U E N O S Y M A L O S



—Tengo un nudo en la garganta que no me deja tragar.

—Beba usted agua.

—Imposible: es un nudo para acordarme de una cosa.



—¿Por qué venía usted a ochenta? ¿No sabe que por aquí hay que disminuir la marcha?

—Y la he disminuído. Antes de verle a usted iba a ciento diez.



Pepito.—(Terminando sus oraciones)... y haz que Bruselas sea la capital de Holanda.

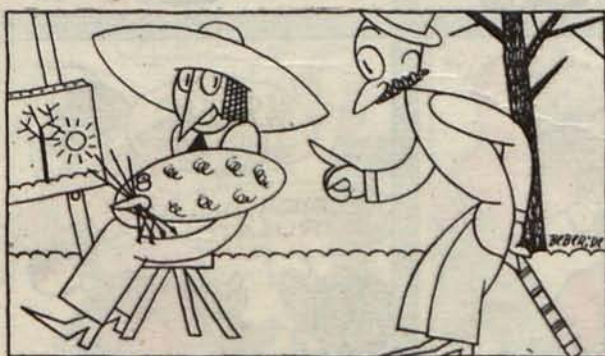
La doncella.—¿Por qué haces ese ruego tan raro?

Pepito.—Porque es lo que dije en el examen esta mañana.



—A ver señor Gutiérrez, dígame usted. ¿Qué ocurrió en España al marcharse los almohades?

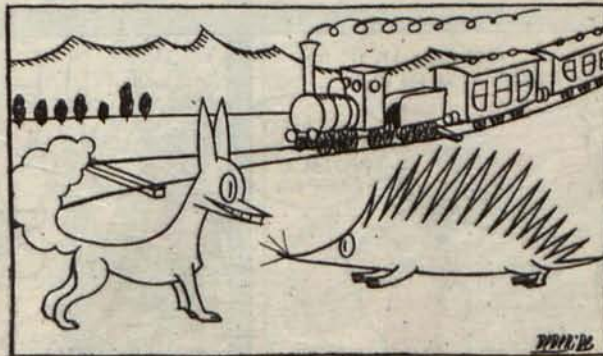
—Pues que nos quedamos sin almohadas.



—¡Oh! ¡Estupendo! ¡Maravilloso!

—¿Tanto le gusta mi cuadro?

—¡Ca! No, señora. Lo que me gusta es el sombrero. Muy práctico para el sol.



—¡Mira que si un día te pillara el tren, amigo erizo!...

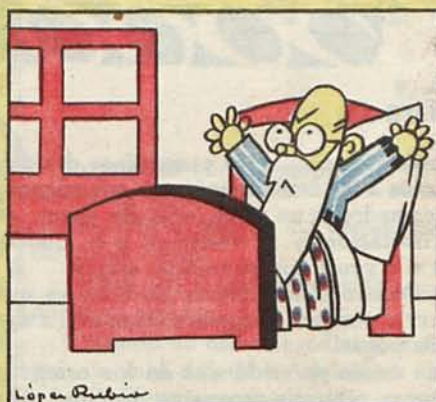
—Calla, por Dios, amigo zorro; nada más pensarlo se me ponen los pelos de punta.



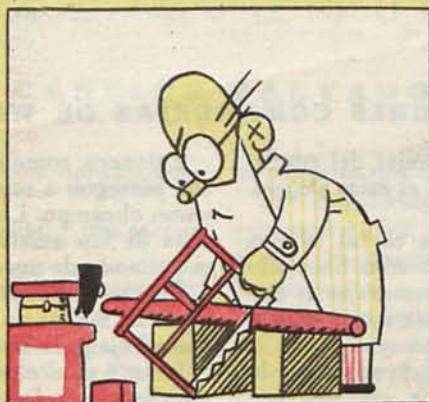
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



Don Polipasto Pijama sabio inventor de gran fama



SE LEVANTA MUY CONTENTO
PENSANDO EN SU NUEVO INVENTO



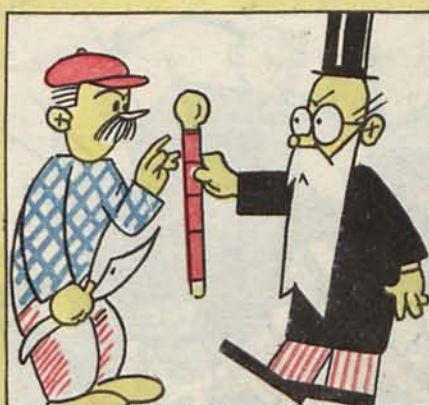
TODO EL DIA HA TRABAJADO
POR DEJARLO TERMINADO



AL FIN MUESTRA MUYGOZOSO
EL GARROTE MISTERIOSO



CUANDO VA CON EL BASTON
QUIERE ROBARLE UN LADRON



DON POLIPASTO, AL MOMENTO
HACE FUNCIONAR SU INVENTO



Y EL GARROTE MISTERIOSO
PEGA SOLO MUY GUSTOSO



CON SU AMIGA DOÑA LUZ
JUEGA AQUELLA NOCHE AL MUS



AL SALIR DE LA REUNION
SE EQUIVOCA DE BASTON



TROPIEZA DE SOPETON
CON EL CAPITAN PON-PON



DON POLIPASTO ATREVIDO
AL CAPITAN HA OFENDIDO



VE CON DESESPERACION
QUE AQUEL YA NO ES SU BASTON



Y TODA AQUELLA SEMANA
NECESITÓ GUARDAR CAMA

HISTORIAS DE ANIMALES

LAS ALEGRES COMADREJAS DE WINDSOR

Vivían en grandes familias aquellas comadreas del condado de Windsor, y su principal ocupación era el estar alegres. No existe, realmente, una ocupación mejor.

A ratos trabajaban las alegres comadreas en las labores propias de su sexo; pero por las noches, hubieran trabajado o no, estuvieran bien o mal de dinero, las comadreas se metían en juerga y hacían verdaderas locuras, hasta bien de madrugada.

Tanto era el ruido con que celebraban sus diversiones y lo a gritos que cantaban, para festejar su alegría, que los vecinos de Windsor no podían pegar un ojo en toda la noche, y andaban bastante molestos con las alegres comadreas.

—Bien que en los días festivos se diviertan, como nos divertimos todos, decían los hombres. Pero en los días de trabajo, ya no está bien eso. Los pacíficos vecinos necesitamos dormir.

Pero las alegres comadreas, sin preocuparse en lo más mínimo del descanso ajeno, cantaban y bebían subidas en los árboles:

—¡Ole! ¡Ole! ¡Viva la alegría!

El alcalde, en vista de eso, tuvo que dictar un bando en el que amenazaba con una crecida multa a la comadreja que después de las diez de la noche alborotara en las calles o en los paseos.

En vista de eso, las comadreas decidieron irse al campo a continuar alegremente sus diversiones y sus alargadas.

Los vecinos de Windsor pudieron, al fin, dormir tranquilos sin que nadie les molestase; pero, en cambio, los campesinos no pudieron descansar un momento, sin poder verse libres del ruido que armaban las alegres comadreas.

—¿Qué haremos? ¿Qué no haremos? —se preguntaban los campesinos.

A lo segundo, se contestaron en seguida:

—Lo que no haremos es seguir dejándoles que nos molesten con su estrépito.

Después, se contestaron a la primera pregunta:

—Lo que hay que hacer es echarlas.

Pero entonces una nueva cuestión vino a substituir a las otras:

—¿Cómo las echamos?

Los campesinos no podían poner bandos, porque eso es cosa de los alcaldes.

—Pues ya que no podemos poner bandos, pondremos bandas —dijo un campesino que se las daba de chistoso.

Aquello no pareció mal a los campesinos, que decidieron poner bandas de música, para que hiciesen más ruido que las comadreas y así no se oyese a éstas y se pudiera dormir.

En efecto, lo hicieron, con feliz resultado. Aunque las comadreas, más alegres aún con la presencia de las bandas de música, daban grandes chillidos, no se les oía. La música sonaba mucho más... pero los campesinos no pudieron dormir con la música que sonaba estrépitosamente.

Entonces, como medio más eficaz, los campesinos decidieron perseguir a estacazos a las comadreas hasta que abandonaran el campo. Las comadreas no se hicieron de rogar, en vista de tan amable invitación, y se volvieron a la ciudad, molestando de nuevo a la gente con su ruidosa alegría.

Entonces el alcalde decidió tomar nuevas medidas ya que lo de las multas no servía porque ¡cualquiera alcanzaba a una comadreja para hacerla pagar!

Inventó el alcalde un medio parecido a al de los campesinos. En vez de las estacas, utilizaría escopetas. Compró más de doscientas para todos los guardias de la ciudad y en seguida se empezaría a acabar con ellas a tiros.

Pero las comadreas se enteraron de ello oportunamente. Un gato pardo se lo fué a contar, interrumpiendo con la noticia una fiesta divertidísima que las comadreas habían organizado.

—¿Qué haremos?

—¡Huir! ¡Huir! —dijeron todas.

Entonces habló el gato pardo, que conocía bien el mundo:

—Debéis escapar; pero también tener cuidado de donde vais. En los pueblos del Norte, la comadreja está considerada como un animal de mal agüero, y os tratarían muy mal. En cambio, en los pueblos del Sur se os toma por animales que traen la buena suerte, y allí lo podéis pasar bien.

Fué muy aplaudido. Todas las comadreas preparaban alegremente el equipaje. Encontraban muy divertido aquello de viajar.

Cuando llegaron a la estación, esperaron un tren que fuese para el Sur, y el primero que vieron en esa dirección lo tomaron tumultuosamente, entre gritos y risas, asomándose a las ventanillas y gastando bromas al jefe de estación y a los empleados. Luego, cantaron todas esta canción:

Corre, maquinista,
corre sin cesar,
que las comadreas
queremos viajar.

El tren partió entre vivas, voces y aclamaciones. Todas las comadreas eran felices y bailaban por encima de los asientos.

A las dos horas de viaje, vieron una ciudad y decidieron apearse allí, sin saber que ciudad era. No les importaba el nombre. ¡En cualquier sitio lo pensaban pasar bien! Pero con lo que no contaban era con que habían llegado nuevamente a Windsor, porque aquel tren sólo hacía un recorrido circular, partiendo de esta ciudad y volviendo a ella. Y en Windsor ya estaban los guardias armados con escopetas, que dispararon sobre las alegres comadreas. Y murieron todas, menos dos, que se alegraron mucho de haber quedado vivas.

Al poco tiempo, estas dos habían tenido hijos, y ya había nietos y mucha más familia.

Y todas vivían felizmente, en los pueblos del Sur, donde eran muy apreciadas y podían entregarse a su alegría ruidosa y a sus fiestas y regocijos.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LA CANCIÓN SALVADORA

Lo primero que me sorprendió en China fué el creermelo en Carnaval.

Allí todo el mundo iba vestido de chino y con cara o careta de chino.

—Mira, Adelaida; todos estos son unos bromistas —le dije a mi esposa.

Y cuando un chino se me acercó ofreciéndoseme como guía, le volví a decir a Adelaida:

—Yo creo que éstos son unos guasones disfrazados. Este me parece que es Gutiérrez, el corredor de quesos, que nos quiere embromar.

Y entonces Adelaida, dándole palmaditas en el hombro le saludó:

—Hola Gutiérrez. ¡Qué tal ese Roquefort! ¿Viven todos los gusanos?

El chino se marchó sin decir palabra.

La verdad es que parecía mucha broma el que todos los habitantes de una ciudad se hubiesen disfrazado de lo mismo y sólo con el objeto de reírse de nosotros. Pero yo decidí seguir la corriente y disfrazarme también.

Me fui, pues, a un alquilador de trajes de máscara y pedí un traje de chino.

—Aquí no tenemos eso —me contestó el dependiente—. Eso lo encontrará en casa de un sastre corriente; aquí sólo tenemos trajes de máscara de alemán, de francés, de español, de italiano... —y conforme hablaba me iba mostrando trajes de levita y de americana como los que se usan en Europa.

—Todos sois unos farsantes que os habéis unido para tomarme el pelo —y después de pronunciar estas palabras me largué de la tienda con la dulce Adelaida.

Decidimos salir de la ciudad y recorrer varios pueblos para ver si, por fin, encontrábamos uno en el que no fuera Carnaval o donde, al menos, todos sus habitantes no se hubieran puesto de acuerdo para disfrazarse de chino.

Y así lo hicimos, sólo que sin éxito. En uno y otro pueblo encontrábamos a todos vestidos y caracterizados de chino.

—¡Me va molestando tanta broma! —había dicho Adelaida—. En el próximo pueblo que hallemos le quito la careta al primer vecino que me tropiece y hago que nos explique la broma.

Por esta vez encontré sensata la idea de mi esposa y nos encaminamos a la famosa ciudad de Chin-Can.

Esta ciudad, cuya fundación se remonta al siglo ix, tiene la particularidad de ser la ciudad más pequeña del mundo y la de menor número de habitantes.

Sólo consta de una sola casa y no muy grande, y en ella habita la población, compuesta por cinco habitantes,

entre los cuales están distribuidos los cargos de la villa.

Uno es el alcalde; otro, el gobernador militar; otro, el gobernador civil; otro, el secretario del Ayuntamiento, y el otro, un guardia de porra encargado de reglamentar la circulación.

Todos son hijos predilectos de Chin-Can.

Cuando llegamos a la ciudad la encontramos adornada porque era la fiesta mayor.

En una tribuna estaban las cuatro autoridades y el guardia se paseaba de un lado a otro en espera de un conflicto que resolver.

Nuestra llegada gustó mucho; el guardia nos obligó a marchar por la acera de la única casa, a pesar de no existir por allí ningún vehículo.

Las autoridades nos saludaron; pero en ese momento sucedió algo que nos pudo costar caro. Adelaida, cumpliendo su promesa, cogió de las narices al gobernador militar para quitarle la careta. Pero la careta no salió, ya que las narices eran de verdad, y el jaleo que se produjo fué imponente.

Fuimos detenidos e inmediatamente íbamos a ser juzgados y ejecutados, ya que la falta cometida por mi esposa era de las más graves que se conocen.

Nos colocaron frente a la casa y en un dos por tres quedó nuestro asunto concluido.

Adelaida sería ejecutada con la porra del guardia, y yo también, para

evitar un viudo apenado. Nos fué leída la sentencia, y entonces, y como última voluntad, pedí me dejaran cantar una romanza de adiós.

El permiso concedido, entoné mi canción favorita en esos casos:

Larará, ra, ra,
larará, ri, ri.
Ay que no, no, no,
ay que sí, sí, sí.

Los chinos quedaron extasiados al oírme. Nunca habían oído una voz tan angelical como la mía. Así es que durante dos horas seguí mi canción, y cuando ya los chinos estaban entusiasmados del todo y seguían con toda su alma mis notas, comencé a lanzar escalas: *do, re, mi, fa, sol, la, si, do, re, mi, fa, sol, la, si, do, re, mi, fa, sol, la, si, do*, y dirigiéndolas hacia la casa, conseguí que llegasen al techo. Y como los cinco chinos estaban pendientes de mis notas y las seguían con pasión, en cuanto vieron tendidas las escalas de mi boca al tejado, subieron por ellas. Cuando todos estuvieron arriba, cerré la boca y entonces ya no había escala.

Y ese fué el momento que aprovechamos mi esposa y yo para escapar, mientras que los chinos se quedaban en el tejado sin poder bajar a perseguirnos.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



PROGRAMA
PARA HOY

Aventura
de
Mar

¡Sensacional!

GRAN CINE



AVENTURA DE MAR

Toda la escuadra de Yuancia estaba de prácticas. Acababa de llegar al puerto de Solidia, y el almirante, señor Wood, de barba blanca hasta el pecho, aun no había descendido del *Pantera*, buque almirante de la escuadra.

Al poco tiempo de haber anclado, una gasolinera del puerto se detuvo junto a la escala de subida, y el detective Humberto Plak se hizo anunciar a Wood.

—¿En qué puedo servir a tan ilustre policía? —preguntó.

—Señor Wood, en algo que interesa a la nación misma. Hace días se ha visto pasar por aquí un buque fantasma, sin nombre ni bandera, al que se le advirtieron dos cañones. Algunas embarcaciones han visto a su vez, cerca del abandonado Peñón de Mil Rocas, un buque que puede ser ese mismo.

—¿Y qué hace allí?

—Eso es lo que aun no sabemos. Lo que sí sabemos es que cuatro arrojados pescadores de perlas salieron anteayer con un mar espléndido; que se les daba bien la pesca, según dijeron a otros pescadores que pasaron cerca, y que han aparecido restos de su embarcación, a pesar de ese mar magnífico.

—¿Y qué quiere usted de mí? —insistió el señor Wood.

—Quisiera, señor, que si entre los capitanes de vuestros *destroyers* hay alguno aficionado a las aventuras, me llevara en su embarcación en busca de esos piratas.

—Tengo uno a la medida: César Tella. Y si ese es su gusto, que disponga del *destroyer*, llevando marineros voluntarios. No quiero llevar a la fuerza a nadie en una empresa que no me ordena el Gobierno.

César Tella, el capitán más joven, muchacho de ojos azules y rostro afeitado, y Humberto Plak, con los marineros más valientes de la escuadra, entre los que estaba Panorro, hombre de confianza de Tella, se metieron en el *Lagartija*.

El telegrafista del *Lagartija* pidió por telegrafía sin hilos a todos los que estaban en alta mar que le dijeran si habían visto un buque de las señas del buque fantasma.

Uno contestó que lo había visto y dio el sitio fijo. No había más que maniobrar con respecto a lo que había dicho el telegrafo, siguiendo las indicaciones de la brújula.

Cuando estaban ya próximos al Peñón de Mil Rocas, el capitán César Tella mandó contener la velocidad.

—Hay que tener muy en cuenta —dijo— que estas proximidades son muy malas, y que si el timonel no conoce exageradamente el terreno, vamos a embarrancar. Este fondo está lleno de rocas.

—Pues, paciencia —comentó Plak—, porque no es cosa de quedarnos encallados por precipitarnos.

De pronto, y cuando marchaban a pequenísima velocidad, un buque apareció en el horizonte.

—¿Será él?

—Ahora veremos, puesto que parece tener la proa hacia nosotros. Viene al Peñón.

A la media hora, y cuando la noche iba cerrándose, pasó rápido el buque a escasa distancia del *Lagartija*.

Un poco estupefactos se quedaron todos. Y mayor fué su inquietud al ver que desde el cristal redondo de algún camarote les hacían señas con una luz.

Panorro conocía el alfabeto de luces que empleaban los pescadores de Solidia, y pudo advertir que decían letra por letra: «S-o-m-o-s c-u-a-t-r-o p-e-s-c-a-d-o-r-e-s p-r-i-s-i-o-n-e-r-o-s».

—Ya no cabe cuda —exclamó Plak—. Esos son los pescadores de perlas y ése es el buque fantasma.

—Esos conocen el terreno mejor que nosotros, amigo Plak —comentó César Tella—. Y ahora hemos de esperar toda la noche, porque la noche se ha cerrado y la niebla la ha ayudado a cerrarse. Sin embargo, el timonel me ha dicho que seguirá avanzando muy lentamente para no perder ni un momento.

Siguieron navegando tan lentamente, que apenas se oía ruido alguno. Y como la tripulación se fué quedando dormida, Tella y Plak convinieron en apagar todas las luces y parar el motor, porque sospechaban no estar muy lejos del Peñón de Mil Rocas.

En efecto: apenas se hizo el silencio y la obscuridad absolutos,

Humberto Plak advirtió un lejano murmullo de palabras y un tibio movimiento de luces a través de la niebla.

Sin duda estaban a muy poca distancia del buque fantasma. Despertaría a la tripulación antes de amanecer e inmediatamente se echarían encima de los piratas.

Tella, Plak y Panorro quedaron en el puente sentados.

Toda la noche se sintió ruido de charla a lo lejos, un poco apagado por la niebla y por el ruido del mar.

A Panorro no le dejaban cerrar los ojos, porque, hombre brusco, en seguida roncaba muy fuerte.

—¡Calla! —le decía el capitán, riendo por lo bajo—. Van a creer que hay perros gruñones en el mar.

Apenas iniciado el amanecer, el mismo Panorro se encargó de despertar sin ruido a todos los valientes.

La madrugada se encargó de disipar rápidamente la niebla. Y cuál no sería la sorpresa de todos al ver que ya no estaban allí los piratas.

—Ya veis —dijo Plak— la razón que yo tengo al titularlo el buque fantasma.

—Ahora, amigo Humberto —dijo en broma el capitán—, ¿quién es capaz de seguir las pisadas, como hacen ustedes los detectives en tierra?

—¡Ah! Esto incumbe a los marineros —contestó, también en broma, Humberto Plak.

El detective añadió, ya en serio:

—Sin duda se han refugiado entre unas rocas de este Peñón maldito, donde estarán preparados para la lucha. Puesto que se saben perseguidos, más natural es que luchen donde son amos que en cualquier otro sitio.

El timonel hizo salir del lugar aquel al *destroyer Lagartija* y se dispuso a dar la vuelta a la isla, la cual era estudiada por el antejo potente de César.

De pronto exclamó, cuando ya casi habían dado la vuelta al Peñón:

—Allá arriba, entre unas matas, he visto brillar un vidrio. Deben de estar observándonos desde allí.

—Entonces, ya adivino. El buque fantasma va delante de nosotros dando vueltas, y desde arriba le hacen señas diciéndole dónde vamos nosotros para que corra o no.

—Bien, amigo Plak. Seguramente es eso. ¿Qué debemos hacer?

El detective respondió:

—Penetremos por un entrante de las rocas de pronto y saltemos con los marineros más intrépidos. Empleemos ganchos de hierro atados a unas cuerdas, para tirarlos a los picos más altos y trepar.

—Bien está —respondió el capitán—; yo mismo iré al timón y nos colaremos por uno de los sitios que queden cubiertos del vigía por una roca alta.

—¡Eso está muy bien pensado! ¡Vamos allá! Y en seguida que nos haya dejado en tierra, que siga el *Lagartija* dando vueltas para engañarlos.

Así se hizo. Los marineros más intrépidos, a las órdenes de Tella, que a su vez se aconsejaba de Plak, ganaron tierra. Ocultándose se dirigieron al puesto del vigía, que cuando quiso recordar estaba atado.

Con su mismo heliógrafo, Plak dijo al telegrafista del *Lagartija*:

«Quedaos quietos detrás de esa roca.»

Y al buque fantasma le hizo las siguientes señas, como si se las hiciera el vigía que estaba atado:

«Ya se ha marchado el *destroyer*. Estaros ahí quietos para que no os vea, y arribad en seguida.»

Los marineros, con Tella, se fueron acercando al buque fantasma, se escondieron muy cerca de la roca donde desembarcaban, y cuando menos lo pensaban los piratas fueron arrojados al agua.

—Bien —dijo Plak—. Ya tienen mojadas las armas. Amenácelmosles con las nuestras y se rendirán.

Y así fué: se rindieron. Los prisioneros, que estaban en la bodega del buque, no supieron decir fijamente hacia dónde habían escondido sus perlas los ladrones; pero ofrecieron la perla mayor al marinero que las encontrara por las rocas de la isla.

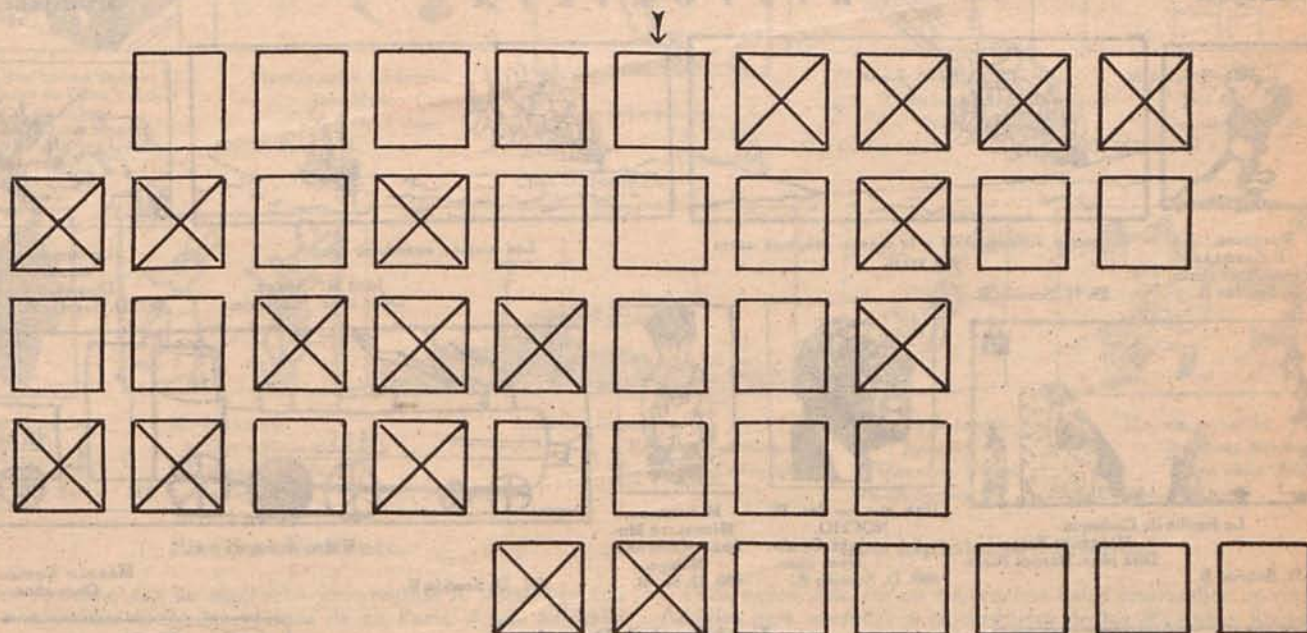
Y la ganó Panorro, que husmeaba como un fíbel.

HA TERMINADO!!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

PROBLEMA GEOGRÁFICO GRAMATICAL



En estos cuadritos, tanto en los blancos como en los rayados, se pondrá una letra, de manera que se lea en cada línea, y en sentido horizontal un nombre de ciudad española o región.

Una vez colocados los nombres que han de ser, se leerá en los cuadros blancos, y en la dirección en que estén colocadas las letras: en la primera línea, un adjetivo; en la segunda, un sustantivo; en la tercera, nombre de una parte del mundo; en la cuarta, sustantivo, y en la quinta, nombre de diosa.

En la línea vertical señalada con una flecha, se leerá el nombre de una ciudad española; en este caso se incluye el cuadro rayado último de esa línea.—(Fuera de concurso).

Jeroglífico.

NOTA MUSICAL
CANTIDAD
PRONOMBRE
TODO=UNA MUJER

101. P. Sección B.

CARMEN PERREDA, 14 años. Madrid.

Charada.

Es sutil e invisible mi PRIMERA,
sirve para alumbrar la noche oscura,
sostiene el equilibrio de la esfera
y da vida a la criatura.

MI SEGUNDA la forman donde quiera
dos que se amen o quieran con ternura.
Y es nombre de varón el todo,
que no puede llegar a mujer de ningún modo.

102. P. Sección A.

RAUL BETANCOURT SUÑER,
Ocho años. Barcelona.

El devoto pedigüeño.

Un hombre entró en una iglesia y le dijo a un santo que si le doblaba el dinero que llevaba en el bolsillo, le echaría cuatro pesetas en el cepillo. El santo hizo el milagro y el hombre echó las cuatro pesetas. En seguida se fue a otro santo y le dijo lo mismo que al anterior. El santo complació su ruego y el devoto cumplió su promesa. Finalmente se arrodilló ante otro santo y dijo, como las dos veces anteriores: «Si me doblas el dinero que llevo en el bolsillo, te echaré cuatro pesetas en el cepillo», y realizado el tercer milagro, echó el devoto las cuatro pesetas y se quedó sin un céntimo. ¿Con cuánto dinero entró en la iglesia el devoto?

VIRGINIO VILLAVEJED,
Trece años. Valencia.

103. P. Sección B.

Las pesas.

Mi amiguita Pilar Narro me escribe una atenta carta desde Albarracín, precioso pueblo de la provincia de Teruel, y en ella plantea el siguiente problema: «Un comerciante tiene cuatro pesas, que entre las cuatro suman 36 libras. Este comerciante es tan pobrecito, que todas las operaciones de peso las tiene que hacer con estas cuatro pesas, pues no tiene dinero para comprar más. Pilarcita no me dice más en la carta; pero yo he apoyado los codos sobre la mesa, he juntado las manos, y apoyando en ellas mi nariz he meditado y ¿sabéis lo que he resuelto? Pues que con esas cuatro pesas se pueden hacer 36 operaciones, 11 de suma solamente y 21 de suma y resta. Esto lo he sacado yo solito, sin que Pilarcita me diga nada; pero el peso de cada una de estas cuatro pesas me lo callo. Pilarcita me dice que lo adivinéis vosotros.

PILAR NARRO,
Trece años. Albarracín.

104. P. Sección B.

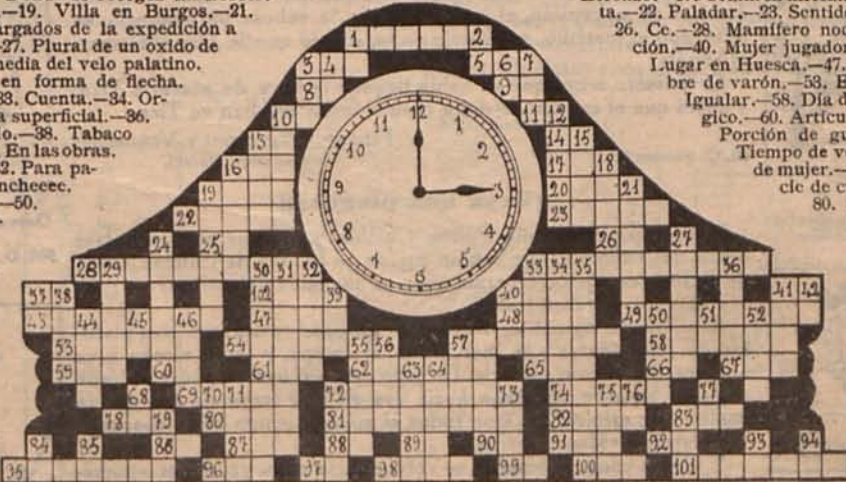
EL RELOJ

VERTICALES

HORIZONTALES

1. Nombre de letra.—2. Nota.—3. En las jarras.—4. Nota musical.—6. Afir-
mación.—7. Tiempo de verbo.—10. Marca de lápices.—12. Tiempo del verbo
ser.—13. Fiera.—15. Ave.—16. Donde se recogen las liebres.
18. Agua oxigenada marca....—19. Villa en Burgos.—21.
Uno de los tres generales encargados de la expedición a
Sicilia.—24. Juego de Naipes.—27. Plural de un óxido de
hierro, color gris.—29. Parte media del velo palatino.
30. Cuadrilátero con puntas en forma de flecha.
31. Río.—32. En el desierto.—33. Cuenta.—34. Or-
ganismo humano.—35. Medida superficial.—36.
Pieza de ajedrez.—37. Artículo.—38. Tabaco
masticable.—39. Artículo.—40. En las obras.
41. Parte del Mediterráneo.—42. Para pa-
rar.—44. Calzado.—45. Currincheec.
46. Abreviación de Dalmáu.—50.
Pájaros.—51. Mitad de mono.—
52. Autor de los himnos
de Rigvada.—55. Arboles.
56. Niña.—63. En Gerona.
64. Limpiar.—68. Moneda
romana.—70. Contracción.
71. Flor.—72. Impresión.
73. Fieras.—75. Papel de
fumar.—76. En la baraja.
77. Para asustar a los ni-
ños.—79. Repetición.—83.
Café.—84. Río.—85. Nona.
93. Interjección.—94. Pa-
labra latina.

1. Perfumería.—3. Altar.—5. Pronombre.—8. Tiempo de verbo.—9. Mar-
char.—10. Nota.—11. Carta.—13. Nota.—14. Artículo.—16. Pez del Río San
Lorenzo.—17. Comarca africana.—18. Se eleva.—20. Aro. Pla-
ta.—22. Paladar.—23. Sentido del olfato.—25. Afirmación.—
26. Ce.—28. Mamífero nocturno.—33. Mes.—37. Preposi-
ción.—40. Mujer jugadora.—41. Tiempo de verbo.—43.
Lugar en Huesca.—47. Diosa.—48. Carifio.—49. Nom-
bre de varón.—53. En los toreros.—54. Poeta.—57.
Igualar.—58. Día del mes.—59. Principio de Otál-
gico.—60. Artículo.—61. Principio de Oislo.—62.
Porción de gusanos.—63. Del soldado.—66.
Tiempo de verbo.—67. Anillo.—69. Nombre
de mujer.—72. Que todo lo sabe.—74. Espe-
cie de culebras.—78. Nombre de letra,
80. Abreviación de London.—81.
Loables.—82. Nombre de mu-
jer.—83. Bucy.—86. Letra.
87. Imperativo de verbo.
88. Pronombre.—89. Dios
supremo.—90. Nota.—91.
Oficial superior en el ejér-
cito turco.—92. Artículo.
95. De la semana.—96. Ar-
tículo.—97. Asistir.—98.
Parte de la cabeza.—99.
Tiempo de verbo.—100.
Nombre de mujer.—101.
Nombre de varón.—102.
Pronombre.—JUAN SAN-
CHEZ CAMPOS, 15 años, Ule-
ta del Campo (Almería).



105. P. Sección B.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

Dibujos.

HISTORIETA

Dibujos.

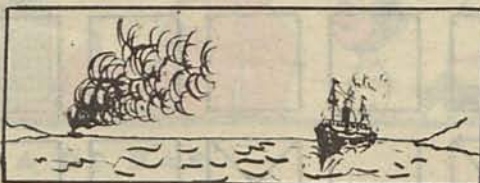


Roequeño.
I. CASILLAS.
Diez años. Las Palmas.
486. D. Sección B.



El correo Alfonso XIII y la lancha pesquera antes de verse

59. H. Sección B.



Los mismos, cuando se ven.

JOSÉ M.ª SÁENZ.
Doce años. Santander.



Un momento.
VICENTE SOLER.
Diez años. Alicante.
487. D. Sección B.



La familia de Cachupín.
MERCEDES ELÍAS.
Diez años. Buenos Aires.

488. D. Sección B.



Uno que no lee PI-NOCHO.
JOSÉ CERÓN.
Trece años.
489. D. Sección B.



Mi hermano.
MIGUELITO MUÑOZ.—Once años.
Málaga.
490. D. Sn. B.



Una máquina.

491. D. Sección B.

MANOLO ROBLES.
Once años.



Pinocho, carrerista.
HIPÓLITO DÍAZ.
Once años. Cáceres.

492. D. Sección B.



Peña.
BENITO MUÑOZ.
Nueve años. Málaga.
493. D. Sección B.



Un camarero.
JOSÉ F. PAREJA.
11 años. Ceuta.
494. D. Sn. B.



Mi perrito Tony.
JOSÉ MATA.
11 años. Madrid.
495. D. Sección B.



Chapete.
ENRIQUE MARTÍN.
13 años. Madrid.
496. D. Sn. B.



Una casita.

497. D. Sección B.



Mejías.
MANOLO PÉREZ.
Siete años. Almería.

498. D. Sección A.



¡Qué guspa está Pirula!
MERCEDES REY.—Trece años. París.

La isla del Dragón.

En el reino de Florián, todo era alegría, pues había nacido el príncipe heredero de la corona, llamado Juan.

El rey y su esposa la reina, para celebrarlo, habían invitado a todas las hadas del reino, menos a la hada Corinto, que era una vieja muy mala, la cual, por venganza, entró en el momento solemne de la comida, penetró en el comedor, y dijo con voz terrible que el niño, cuando tuviera diez y seis años, sería comido por un feroz dragón...

Pasaron diez y seis años, y el príncipe era ya un apuesto guerrero. Un día, el príncipe propuso una partida de caza; ya se proponían marcharse, cuando una vieja dijo con acento terrible que se acordasen de la maldición.

En aquellos tiempos había sido raptada la princesa Rosa, de singular hermosura, por un feroz dragón, y el rey, su padre, ofrecía su mano a quien se la trajese viva y sana; lo cual motivó al príncipe organizar la cacería.

Iban por el bosque, cuando el príncipe se apartó de sus acompañantes persiguiendo a una gacela, y en el momento en que cargaba su ballesta, oyó una voz dulce que le decía que si mataba al dragón le salvaría de su encanto. El príncipe lo prometió así, y por la noche fué a la cueva del dragón; y, tras una ruda lucha, consiguió matarlo. Y cogiendo a la princesa, montó en su caballo, llevándola a su palacio, donde se celebraron las bodas.

De la bruja Corinto no se supo nada más.

Colorín, colorín, este cuento ha dado a su fin.

59. C. Sección B.

SALVADOR GARCÍA.
11 años. Barcelona.

La toma de Tiza.

Érase de un capitán que lo habían destinado a Melilla con sus tropas para apoderarse de un pueblo llamado Tiza.

Ya llevaban dos días de marcha, y sólo les faltaban unos kilómetros, cuando les sorprendió la noche, y tuvieron que hacer alto en las inmediaciones del pueblo de que debían apoderarse.

El capitán tenía la costumbre de clavar en el tronco de su tienda de campaña un cuadro de la Virgen del Carmen para que le ayudase en sus empresas, y esta vez sucedió que, cuando más afanado estaba en su tarea, vino a interrumpirle el teniente, que venía a recibir órdenes de su capitán, el cual, al volver la cabeza para mirarlo, se le escapó el martillo, cayéndole en un pie, lo que le hizo exclamar: «¡Tiza!»

El teniente creyó que ya había llegado la hora de atacar a Tiza, y antes que el capitán se diera cuenta todos estaban en Tiza.

60. C. Sección B.

FEDERICO RUDOLPH Y VERGES.
Catorce años. Madrid.

¡Vaya una plancha!

Hallábanse cierto día Polito, Chichín y Quique comiendo tres onzas de chocolate, que habían cogido en la casa de Chichín, cuando Polito les dijo: «¿Queréis que nos hagamos detectives?»

«Sí... sí», gritaron todos.

Al domingo siguiente, después de Misa, se compraron tres pistolas de fulminantes y se marcharon al campo, y como viesan a un hombre, decidieron espíarle. Un rato después oyeron pasos y vieron cómo el hombre apuntaba hacia ese sitio, y creyendo que quería cometer un crimen, gritaron todos al mismo tiempo que disparaban sus pistolas: «Manos arriba».

Y vieron cómo el hombre se volvía hacia ellos, gritando: «¡Imbéciles! que me habéis espantado un conejo.»

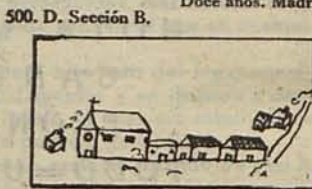
Media hora después, todavía no habían parado de correr.

61. G. Sección A.

MANUEL HERNÁNDEZ SANJUÁN.
Nueve años. Madrid.



Un elefante.
O. FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.



Una barriada de Málaga.
AJITA FLORÁN.
Doce años. Málaga.

501. D. Sección B.



El campanario de mi aldea.
EDUARDO ESTIRADO.
Doce años. Madrid.
502. D. Sección B.



Una patada.
IGNACIO ORTIZ.
Doce años.
503. Sección B.



Chapete.
M. S. CASTIELLO.
Once años. Sevilla.



El moro Baraca.
AMPARO HERNÁNDEZ.
Siete años. Ceuta.
506. D. Sección A.



Pinocho, futbolista.
NELSON CARRALERO DÍAZ.
Once años. Montevideo.
505. D. Sn. B.



«Charlot» en día de gala.
DANIEL MORENO GUTIÉRREZ.
8 años. Madrid.



Mis dos buenos amigos: El Príncipe de Gales y el doctor Albear.
JULIÁN MARTÍN.
Quince años.—Argentina.
508. D. Sección B.



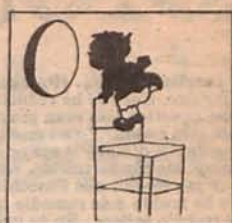
Pinocho vence a Chapele.
JOSÉ MUÑOZ CUÉLLAR.
Ocho años.
509. D. Sección A.



La mejor patada.
R. CAMPA.
Trece años.
510. D. Sección B.



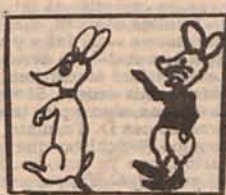
El caballo de Pinocho.
MUÑOZ CUÉLLAR.
Nueve años.
511. D. Sección A.



Mi amiga Ruperta.
JOSÉ GUCLIERI.
Ocho años. Granada.
512. D. Sección B.



El disfraz de Curriche.
MARGARITA FUENTES.—13 años. Sevilla.
513. D. Sección B.



Mis dos amigos.
A. ORTIZ MARZAL.
Diez años. Sevilla.
514. D. Sección B.



El «Reina Regente».
ENRIQUE DELGADO.
Nueve años. Cartagena.
515. D. Sección A.



Pirula y su perrito.
JESÚS ANTÓN.
Diez años. Madrid.
516. D. Sección B.



¡Espera, granujilla!
CRISTÓBAL MENÉNDEZ.
Doce años. Gijón.
517. D. Sección B.

Por desobediente.

Que Anselmo era un muchacho incorregible lo afirmaban con rara unanimidad todos los vecinos de en París, donde habitaba el mozo.

Era éste la desesperación del maestro, la pesadilla de Juan, el alguacil, y la locura de Pedro, el guardabosque.

No sólo no estudiaba una palabra, sino que traía revolucionada la escuela, sin que fuera parte a domarle la severa palmeta del maestro, que le ponía de vez en cuando las manos coloradas como tomates.

En cuanto se veía en la calle, el incorregible chico arrancaba los bandos del alcalde para hacer con ellos pajaritas de papel, y apenas salía fuera del pueblo, entraba al saqueo en los huertos, comiéndose las mejores frutas y, lo que es todavía peor, echando abajo las ramas y estropeando los arboles. Varias veces, el padre de Anselmo había tenido que pagar multas por los destrozos de su hijo, y aunque luego el pobre hombre se cebaba en el chico a garrotazo limpio, nunca pudo enderezar su torcida vida.

Vino la guerra, y como la ciudad no estaba lejos de la línea de combate, y los aeroplanos iban por allí, el gobernador de París ordenó en un bando que por la noche se apagaran todas las luces de París, a fin de no dar a los aviadores un punto de mira que les permitiera descargar sus bombas sobre la ciudad. Y como los aviadores iban a tres mil o cuatro mil metros de altura, no miraban a París. Pero Anselmo, que no obedeció a las órdenes de la autoridad, encendió la luz de su cuarto. Tal vez os figuréis que el chico iba a estudiar la lección, pero no; iba a dar una batalla con unos soldados de plomo.

Eran las diez, cuando se oyó el ruido de los aviadores, y de pronto, una horrible explosión sacudió el aire. Anselmo, que era atrevido, pero no valiente, se puso azogado. Otra bomba vino a caer cerca de su casa, se apagó la luz de su cuarto y bajó corriendo las escaleras, en las que encontró a su padre llorando.

—¿Y mamá? —dijo el niño.

—Está en casa de tus tios, que han muerto víctima de la explosión, y toda nuestra familia está herida, y mamá, tu tío y tu tía están muertos.

Sabiendo Anselmo que él había sido el verdugo de su propia familia y el autor de la catástrofe, se presentó a la autoridad. Fué juzgado y le condenaron a veinte años de presidio. Pero a los dos años de estar en la cárcel nació un Príncipe, y como era un niño, le perdonaron los diez y ocho años que le faltaban. Salió del presidio, pero como en el pueblo le tenía mucha rabia, le envenenaron en su casa, donde murió con muchos dolores.

Queridos niños: no hacer nunca lo que hizo Anselmo; todo eso ocurrió por desobediente.

Los alpinistas curiosos.

Pues, señor, esto era un viajero, que había emprendido un viaje a América para ascender a la cordillera de las Montañas Rocosas; preparóse nuestro turista para su asunto y tomó el tren en New-York.

La ansiedad de nuestro viajero era tal, que los tres días de viaje rapidísimo en expreso le parecieron tres siglos.

Durante el viaje iba leyendo una novela titulada «Las bellezas de las Montañas Rocosas», y ansiaba con toda su alma el contemplar aquellas maravillas.

En esta novela se mencionaban unos volcanes pequeñitos de cosa de dos metros que arrojaban barro caliente de muy mal olor.

Ya en la estación próxima a las montañas, nuestro viajero conoció a otros tres turistas; de ellos, dos eran hombres y una mujer.

Después de descansar en la fonda de la estación, emprendieron, acompañados de dos guías, la ascensión a una gran montaña situada cerca de Lincoln (ésta era la ciudad en que habían descansado los turistas); después de una penosa ascensión de un día llegaron a la montaña. Desde allí se divisaba un gran valle todo él cubierto de unos montecillos cónicos cubiertos de nieve.

Mirad —dijo el viajero—, eso son volcanes de barro.

Quita allá —dijo otro—; eso son montones de nieve esparcidos por las avalanchas.

Pues eso —dijo el de más allá— son abetos cubiertos de nieve. Y después de un rato de disputar decidieron bajar a ver lo que era.

Los guías y la dama se negaron a bajar, alegando que estaban muy cansados.

Después de pagar a los guías bajaron por la pendiente; los guías y la dama les dijeron adiós con la mano y les desearon feliz viaje.

Los alpinistas se rieron de buena gana; pero cuando llegaron al campamento (pues no era otra cosa), salieron de las chozas multitud de indios... y en menos que se dice, los alpinistas estaban atados de pies a cabeza y metidos dentro de una choza.

Después de tenerlos dos días allí metidos los sacaron, y los colgaron de unos postes, con la cabeza para abajo, desnudos. Entonces les dieron de zurriagazos con una vara flexible. No contentos con esto les arrancaron las cabelleras; menos mal que el viajero la tenía postiza; pero allí fué gritar.

Por último, los suspendieron de un árbol a mucha altura, y pusieron debajo unas estacas afiladas; luego un indio se subió al árbol, cortó las cuerdas y... los alpinistas se ensartaron en las estacas; adaptaron luego los indios a éstas unas manivelas, y puestas las estacas sobre horquillas, los asaron.

Luego los presentaron al rey, el cual, armado de un enorme cuchillo, cortó los cuerpos en trozos y los repartió. ¡Y quedaron de los pobres alpinistas unos pocos huesos esparcidos por el suelo!

62. C. Sección B.



REGINA GLORITA GONZÁLEZ.
Quince años. Sevilla.
518. D. Sección B.



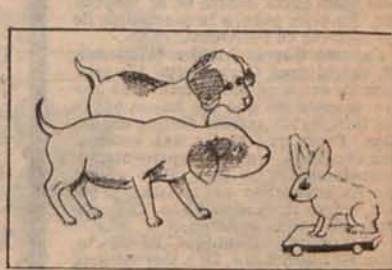
UN MORITO.
MIGUEL LOZANO.
Catorce años. Larache.
519. D. Sección B.

E. BARRIENTOS.
Vigo.



Un gallo.
MERCEDES JIMÉNEZ.
Doce años. Córdoba.
520. D. Sección B.

63. C. Sección B.



[Anda..., y no huey!]
O. FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.
521. D. Sección B.

MANUEL PÉREZ
Diez años. Teruel.

CORRESPONDENCIA

Josefina Jimeno. (Palencia).—Mi querida Josefina: Lamento muchísimo tu disgusto. Cuando he reducido el pie de tus dibujos lo he hecho, sin duda, porque aquellos pies eran muy grandes, como de gigantes, extensísimos. No había otra forma. Yo no modificaré ni media palabra de las que me escribas al pie de tus dibujos si me envías para éstos una cosita corta, es decir, publicable. Mucho he temido, en todo momento, modificar, cercenar o corregir lo que me enviáis mis Pinochistas; pero a veces, como en estos dibujos tuyos, no he tenido más remedio que modificar, cercenar o corregir, si deseaba que el trabajo saliese. En tu mano está, querida Josefina, evitarme estos ligeros quebrantos.

Cristóbal Menéndez. (Gijón).—Mirando tu problema —este gran letrero alargado, kilométrico, interminable—, mirando tu problema, resulta ser de una sencillez extrema. Y la verdad, Cristóbal: como tú puedes hacer esta clase de trabajos, guiado de tu talento, más enrevesados, te disgustaría remitirte un problema, aunque fuera de la misma clase de este de hoy, pero más complicado, más difícil, más problemático? Yo creo que no te disgustará. Estoy por asegurar que accedes a mi petición.

Fernando Cádiz. (Coruña).—Muy bien. Estos dibujos, y todos los que me mandes, aparecerán en mi Revista.

Rodrigo Pomar. (Grazalema).—Mi querido Rodrigo: Puedes emplear los cupones nuevos, esto es, los que vengo publicando desde el núm. 18 de mi semanario. En cuanto a los trabajos que hoy me remites, los publicaré conforme les llegue su turno. Están muy bien hechos, y merecen, por mi parte, una felicitación calurosísima.

José Bofill. (Barcelona).—Como tus dibujos vienen a lápiz...
Eusebio Díaz. (Barcelona).—Estoy muy satisfecho con tu carta. Agradezco tus frases. Ya te avisamos lo del sorteo; como a todos.

Amalittina Llanos. (Oviedo).—Pirula me entregó tus líneas, recomendándome te contestase aquí. Te felicito por el premio que has obtenido. Para adquirir el cuento, bastará con que me remitas tu dirección. Oviedo es muy grande, y aunque tú serás célebre ahí por tu talento, no creo que baste con poner tu nombre en el sobre. Quedo esperando.

Luisito Hurtado. (Madrid).—Por lo pronto, y para que veas que me preocupo de ti, te diré que deseo verte bien y contento. Así creo que lo estarás ya, y así deseo que me lo comuniques. Tu dibujo me gustó mucho; estaba perfectamente iluminado, más aún que el gran salón de mi palacio. Mándame otras cosas, las que puedas hacer, que yo sabré publicarlas en PINOCHO.

Alfonso Pérez Pérez. (Alicante).—Satisfechísimo con tu promesa. Satisfecho con tu dibujo y tu chiste. (Para otra ocasión, tinta negra).

Julio Carro. (Astorga).—No puedo publicar lo que me remites. Los dibujos no pueden venir a lápiz.

Soledad Ayala. (Madrid).—Mi queridísima Soledad: He recibido tu simpatísima carta. Nada tengo que decirte sobre tus chistosisísimos chistes. Los publicaré a la mayor brevedad. En cuanto a las palabras que diriges a la admirable Pirula, mi inseparable compañera de alegrías, te diré que Pirula hará todo lo que pueda —y puede tanto!— por complacerte.

Mientras tanto, recibe un fuerte abrazo de Don Turulato, tres de Currinche, y treinta y tres de Pirula. De mi parte, todos los que quieras.

Félix Isena. (Villanueva y Geltrú).—Después de mirar, hojear y ojear los libros donde anoto las entradas de la colaboración infantil, me doy por vencido. No encuentro tus caricaturas, no las encuentro; no llegaron a mis manos, sin duda. Lo mejor es que remitas otras cosas, otros dibujos.

Mariano del Fresno.—De todo lo que me remites escijo un dibujo, un cuento y la historieta. Lo demás... ¡Qué vamos a remediar a esto! El chiste no es de mi particular agrado —tú comprenderás...—. Y el problema, a lápiz, es impublicable.

Hector Castillo Rey. (Bogotá).—Recibí tu carta y te mandé el catálogo que me pedías. Para entrar en mis concursos, bastará con que me remitas obras de tu particular ingenio —cuentos, chistes, historietas, etc., etc.—, siempre acompañadas del correspondiente cupón. Si deseas más noticias, hojéa los números 21 y 22 de mi semanario, donde expongo, con absoluta claridad, las condiciones y beneficios de aquellos concursos. Ya sé que hay ahí un grupo nutridísimo de Pinochistas, y me alegra sobremanera que vengas tú a aumentarlo, pues según he podido adivinar por tu carta eres un Pinochista excepcional, esto es, un verdadero Pinochista.

Marcelo González. (León).—No se ha verificado aún el sorteo de regalos.

Paquito Azorin. (Córdoba).—Mi antiguo amigo: He leído tu carta con toda la atención que merece. Me hablas de mi «siempre proclamada amabilidad», y dices que soy «muy cumplidor de promesas». Veo que me conoces, y ello me satisface muchísimo. No creo, por tanto, que dudes de mí en el particular terreno de la colaboración. Publiqué los dibujos a su debido tiempo. Y en cuanto a los cuentos... Estos deben tardar algo más, si vinieron en condiciones aceptables, como creo. Un dibujo ocupa poco sitio; un cuento, en cambio, por pequeño que sea, ocupa el lugar de seis dibujos. De aquí que vaya la literatura a la zaga del dibujo, en PINOCHO. De todas formas, sigue mandándome trabajos, que yo los publicaré a la mayor brevedad —siempre, claro está, sin alterar el turno, pues alterarlo sería injusticia.

Rosa Elena Upegui U. (Medellín).—¡Cuánto lo siento! Pasó ya el plazo de admisión de cupones para obtener los números del sorteo.

Pedro Beltia. (Villafranca de Oria).—Llegaron tus admirables crónicas, que serán publicadas a la mayor brevedad posible.

Margarita Gómez Serrano. (Cuenca).—Margarita: Me preguntas qué me han parecido tus dibujos. Ya puedes suponer mi opinión, lo que voy a contestarte. Son admirables. Me preguntas, además, qué ha sido del cuento de tu hermana Mary, y sobre ese cuento debo decirte que no lo publiqué, como hubiera sido mi gusto, por tratarse de un cuento extremadamente largo, interminable, inacabable. Dile a Mary que me mande otra cosa.

Juan Hernández Roig. (Barcelona).—Basta con tinta negra.

Anita Domínguez Vayo. (Valladolid).—Afinar un poco más, mi querida Anita. Bastará que pongas un poco de cuidado en tus dibujos para que todos los Pinochistas, uno por uno, voten tus trabajos. Hay Pirulinas que prometen muchísimo, y tú eres una de ellas. Estoy seguro que conseguirás enormes triunfos, no sólo en mi Revista, sino fuera de ella también. Vales muchísimo, dibujas perfectamente, eres muy lista, Anita. Y ya verás, ya verás como los Pinochistas te tomarán en cuenta, a la menor aparición de tus trabajos.

Antonio Puig Roldán. (Barcelona).—No debe ser, no puede ser, no debo sentirlo. El mismo Pinochista que hace un trabajo no debe votar su trabajo, que es votarse a sí mismo. Además, desde el punto de vista de la conveniencia, tampoco me parece eficaz. ¿Qué vale un voto del autor, si el trabajo es malo y no lo han de votar los demás Pinochistas? De todas formas, esto entra dentro de lo inevitable. Lo dejo, pues, a la conciencia de los lectores de PINOCHO.

Carmen García Alonso. (Molledo). Mi queridísima Carmencita: He recibido tu extraordinaria carta. Me alegra muchísimo que me hayas hecho ese formidable retrato de que me hablas. Dices que tienes una estatua, una escultura, que me representa admirablemente. Lo creo. Pero ¿quién me ha levantado esa estatua? ¿Tú? ¡Oh, cómo te lo agradezco, Carmencita, cómo te lo agradezco!

Ví y guardé tus dibujos. Eludo elogios. Se publicarán. Dá a leer tu carta a Pirula, quien promete ocuparse del armario lo más pronto que pueda.

Saludé en tu nombre a todas las personas que me indicabas en la tuya.

No puedo extenderme más. Es la hora del paseo, y Pirula, Currinche y Don Turulato me esperan con impaciencia. Adiós, Carmencita.

Alfonso Tudela. (Madrid).—¡Oh, amigo Alfonso! Gracias por el busto de bronce. Es una maravilla digna de ti y digna de mí también. Yo aseguraría que pesa ese busto, cuando menos, 33 kilogramos. En cuanto a la playa... ¡Qué barcos veleros! ¡Qué mar! ¡Qué admirable globo! Mirando tu dibujo me creo en San Sebastián, en Málaga o —en último caso— frente al estanque del Retiro. No se ve la estatua de Alfonso XII, es verdad; pero se adivina, no se ve la costa del moro; pero se presiente; no veo las espléndidas sardinas del Cantábrico; pero las huelo. ¡Estupendos dibujos! ¡Admirables! ¿Y el chiste? Jamás he visto chistera como la tuya. Te felicito, Alfonso. Y no tendré que decirte —harto nos conocemos ya— que tus trabajos, a la mayor brevedad posible, se verán en PINOCHO, como merecen. ¿Cabe mayor honor? Mándame todo lo que quieras. Soy tu mejor amigo.

Antonia Gallén Más. (Almería).—No puedes darte idea lo que me ha alegrado tu carta. Estoy dispuesto a acceder a lo que me pides. Te espero.

Maria Santos Bello. (Sevilla).—Veo que me confundes, y eso no está bien. Ni Pirula ni yo podemos salir en una murga. Sería denigrante. Quede eso para otras personas, pero no para mí, no para Pinocho. Aunque de madera, vine al mundo de las personas para cumplir una misión tan elevada como un rascacielos. No sé cómo a una Pirulina como tú, tan listísima, ha podido ocurrírsele semejante idea. De aventurero —mi única y verdadera profesión, la única que consigo en mi cédula personal—, de aventurero, digo, he pasado a periodista, oficio éste que me satisface muchísimo, ya que por el estoy en contacto con todos los pinochistas, mis amigos. Si vienes a Madrid, no me verás en una comparsa por la Castellana, sino a pie, tranquilamente, cogido de la mano de Pirula, ora conversando con D. Turulato, ora oyendo los chistes de Currinche, bien saludando a los Pinochistas que me encuentro. Algunos días salgo en mi poney de cartón, que ya conoces. Pero son los menos. Mi vida es una vida de trabajo. ¿Con murga? Ya, ya, ¿cómo se conoce que no me has visto trabajando en este mi palacio!

Agradezco tu carta. Publicaré tu lindo dibujo y... nada más. Abrazos, apretones de manos, etc., etc., etc.

P. Ruiz. (Cabeza del Buey).—He recibido tu carta y nada tengo que decirte. Tus trabajos están aquí, guardando turno, y ya llegará el momento en que salgan a la luz para deslumbrar. ¿Y mi amigo? ¿Y mi querido Pinochista Hidalgo?

Julita Antón Savadie. (Madrid).—Te felicito por el premio —¡el primero!— que te correspondió en la cuarta serie de concursos. Ya sé que viniste por el regalo y que te gustó. No menos me ha gustado a mí que te gustara. Ahora a seguir trabajando para conseguir más premios. Te felicito, además, por los versos que me remites hoy, los cuales —no todos, te hablo con franqueza— se publicarán a su tiempo. ¡Ah, me olvidaba de ello! el regalo lo escogió Pirula, quien, como habrás visto, tiene un buen gusto marcadísimo, excelente. Verdad es también que sabiendo que el premio era para una tan listísima Pirulina, Pirula se pasó todo un día de gran trabajo, entrando y saliendo en las tiendas de Madrid, como desesperada. Pero consiguió sus propósitos. Cuando Pirula y yo nos proponemos una cosa...

Dionisio Piqué Sanón. (Barcelona).—Tranquilízate. No se ha verificado el sorteo. Me envías el número, tus números, para que yo te comunique si has sido agraciado. Vuelvo a tranquilizarte, Dionisio. Avisaremos de tal forma el día del sorteo, que ningún Pinochista, por lejos que se halle, quedará ajeno a la festividad emocionante que se avecina. Muy poco hay que esperar.

José María Aguirre. (Bilbao).—Querido José María: Para las caricaturas de fútbol, como para todo lo demás, hay que mandar su cupón correspondiente. Se trata de una colaboración como otra cualquiera, y no hay más remedio que mandar esas caricaturas como si se tratase de un dibujo corriente.

No tendré que repetir aquí lo de siempre: tus dibujos me gustaron, se publicarán, etc., etc.

Juan Antonio Rebollo. (Cáceres).—¿Y el cupón? ¡Qué memoria, querido Juan, qué memoria! Y mira que está bien tu cuento; pero no puede ser. Debo ser justo.

Antonio Ansaldo Sagasta. (Sevilla).—Llevas razón. Sería conveniente esa distinción en los Pinochistas. He recibido varias cartas con idéntica petición, y el día menos pensado voy a estudiar el asunto con el detenimiento que requiere. Pienso también que, así como los Pinochistas podrían llevar un distintivo, las Pirulinas por su parte, para hacer ostentación de su calidad de pirulinas, podrían llevar también algo que las distinguiese de las demás visiblemente. Pero ya digo: esto requiere un estudio detenido, concienzudo, lento. Convenirás conmigo en que, en determinadas ocasiones, se prestaría a trampas. Algunos, sin ser Pinochistas, con sólo ostentar las insignias pasarían por tales Pinochistas, y algunas, sin ser Pirulinas, procurarían aparentarlo. Y ello no sería justo. Puedo asegurarte que no lo consentiría yo de ningún modo. Pero estudiaré tu proposición; ya te he dicho que la estudiaré con detenimiento, conforme pueda.

Ana María García Falces. (Granada).—No he recibido esos problemas de que me hablas. Estoy seguro. A mis manos han llegado muchas locomotoras, pero ninguna de palabras cruzadas. Procura rehacerla, si es posible, y mándame la otra vez. De todas formas, para una locomotora, ¿qué supone caminar de Granada a Madrid nuevamente? En último caso, no haría más que cumplir con su destino de locomotora, que no es otro que caminar de aquí para allá, sin descarrillarse.

Besos de Pirula.

Jorge Otero. (Valencia).—Querido Jorge: Esas fotografías, esas reseñas de partidos de fútbol, todo cuanto tienes ahí referente a equipos Pinocho, mándamelo. Ya puedes comprender que tienes mi Revista a tu disposición, como Pinochista que eres. Todo lo que me mandes, viniendo en condiciones de aceptación, esto es, con arreglo a las condiciones generales de concursos, se publicará.

Pedro Segovia Istúriz. (San Sebastián).—El sorteo de regalos es una realidad. Mi promesa será cumplida. Y no tardará mucho. Poner en duda mis palabras, querido Pedro, no me parece bien, tanto más cuanto que yo, en todo momento, vengo cumpliendo lo prometido. En este caso no debo hablar. Los hechos desvanecerán tus dudas.

Carmelina Molina y García del Campo. (Tenerife).—Satisfechísimo estoy desde que conocí tu resolución. Es digna de los mayores elogios. Pirula, que tuvo la suerte de leer tu carta, me da para ti los más efusivos recuerdos, felicitándote. Yo... ¿qué voy a decirte? Gracias, muchas gracias, y nada más. Estoy agradecido a tu amabilidad. Sigue extendiendo mi nombre. Yo te lo premio, por el momento, con gratitud y cariño sin límites.

Périda A. Sardá Cainzó. (Buenos Aires).—Ya puedes suponer cuál es mi pensamiento ante tu carta y ante el problema de palabras cruzadas. Me pides stenga la gentileza de publicar este último, y adivinarás que voy a tener la gentileza, para mí muy agradable, de publicarlo. Mándame cuantas cosas quieras —siempre con su cupón de concurso— y ya verás qué buenos amigos vamos a ser nosotros.

Un abrazo de Pirula, otro de Currinche, otro de Don Turulato y otro mío.

Rafael Casanova y Miguel Pi. (Barcelona).—Acabo de recibir vuestra carta y vuestros dibujos. Estos me gustan muchísimo. Ahora que yo no puedo garantizaros un premio. Ello depende de los mismos Pinochistas, que son, en último término, los que deciden.

Isidro García. (Avilés).—Honrado al recibir tu «bonito goal». Se publicará a su tiempo.

Mercedes Rey. (París).—Los cuentos que me pides no están publicados todavía. Conforme salgan los mandaré. Recuerdos a Cucha y a Baby.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 37

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABES POR QUÉ?

¿Por qué tienen la piel blanca los animales de los países nevados?

Es sorprendente ver cómo la naturaleza, previsora en extremo, da a cada ser particulares medios de defensa. El hombre, al parecer, es el ser menos favorecido, el más indefenso, el más inerte. Cuando aquél moraba en el campo, primitivamente, viviendo de la caza y la pesca y alimentándose también con frutos, se encontraba — en apariencia — desposeído de aquellas fuerzas que al león, al tigre, al oso, etcétera, etcétera, les hacen poco menos que invencibles. Pero esta debilidad del hombre, no es más que aparente. El hombre, en realidad, tiene menos fuerza que un león, mucha menos, y sin embargo, desde los primeros tiempos, el hombre ha cazado leones, es decir, los ha vencido. El hombre no tiene tanta fuerza como un tigre, pero tiene más astucia que el tigre. El hombre tiene inteligencia, ingenio, propiedades éstas de que carecen los animales. Así, el hombre, siendo tan endeble como es, si lo comparamos con un león o un elefante, puede vencer a éstos, sin embargo, merced a ciertas combinaciones o trampas, que son producto de un ingenio especial, único en el hombre.

Este tiene inteligencia, y los animales, para defenderse, fuerza, veloces pies y, en determinados casos, colores protectores.

Esta última propiedad es principalmente de los insectos. En verano, si paseamos por el campo, difícilmente conseguiremos ver a esos animalitos pequeños que se confunden, por su color protector, con las hojas verdes de los árboles. Sólo cuando se mueven, logramos distinguirlos. El color viene a defenderlos, los pone a salvo de la voracidad de otros bichos.

Pero no es solamente de los insectos semejante propiedad de ocultación. Los animales de los países nevados tienen el color blanco, como de nieve, al objeto de que este color los preserve también. Si el animal permanece quieto, está protegido, a salvo. Tal protección no se la ofrece la naturaleza única y exclusivamente en invierno. Cuando llega el verano y desaparecen las nieves, aquellos animales cambian el color blanco de su piel por otro más oscuro, idéntico al color del terreno en que habitan.

¿Por qué no debemos imprimir extremada velocidad a una rueda?

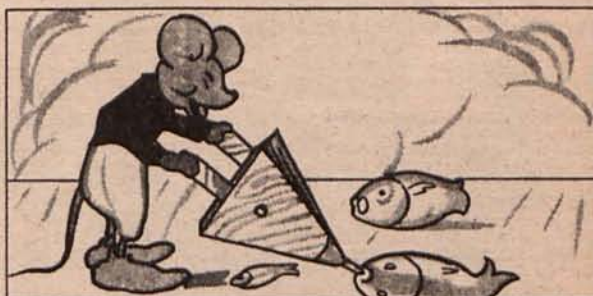
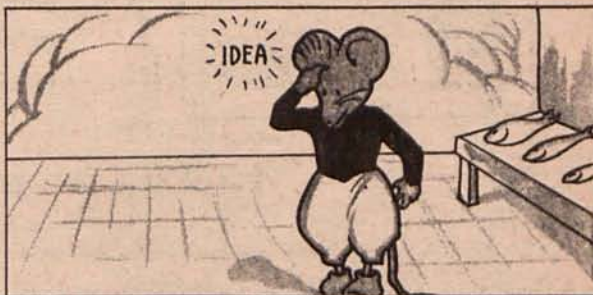
Alguien pensará que una rueda pueda soportar una extremada velocidad, y no es así. Muy peligrosa sería la experiencia. En algunas fábricas, cuando por olvido del operario quedó girando una rueda, locamente, a una velocidad extremada, ocurrieron accidentes lamentabilísimos. El por qué de estos accidentes, que viene a explicar la necesidad de una gran prudencia en el manejo de toda máquina, será visible con el ejemplo siguiente:

Acabo de llegar de la calle. Como está lloviendo, traigo un paraguas completamente mojado. Lo abro, ahora, para que se seque. Pero antes de dejarlo en el suelo, tengo una idea infantil, de niño, un capricho: Darle vueltas al puño de mi paraguas, para que gire a su vez, suavemente, esta tela brillante que parece una gran tortuga remojada. He comenzado suavemente, y las gotas se mantienen en los piquitos o extremos de las varillas, sin caer. Pero ahora me complace imprimirle una cierta velocidad al paraguas, en este su movimiento giratorio, y observo que el agua se desprende, manchando las paredes de esta habitación, los cuadros, la librería. Ciertamente, no me parece correcto el entretenimiento, y dejo el paraguas donde debía estar desde el momento que entré en mi casa: en el perchero.

¿Pero qué tiene que ver esto con la rueda, me preguntaréis? Mucho. En mi experiencia he podido observar cómo se desprendían las gotas, con más o menos fuerza, según la velocidad que imprimis al paraguas. Es evidente que si yo, siguiendo mi manía, hubiera continuado, el paraguas hubiera peligrado de veras. Una fuerza, llamada de cohesión, mantenía el agua en la tela, mientras el movimiento no pasaba de una lentitud prudente. Pero a medida que aumentaba la velocidad del paraguas, aquella fuerza de cohesión fracasaba, por decirlo así. A más velocidad, más fuertemente se desprendía el agua, y a más velocidad aún, detrás del agua, acaso se hubiera desprendido la propia tela del varillaje.

Pues supongamos ahora una rueda, una rueda de hierro. Imprimámosle un movimiento violento, cada vez más fuerte, cada vez más veloz, vertiginoso, loco, inconcebible. ¿Qué ocurrirá? La cohesión mantiene entera esta rueda. Pero su velocidad es extremada y, como en el paraguas, presentimos una catástrofe. Sigue moviéndose locamente la rueda. Lo presentimos: si no hacemos alto en este momento, vendrá la cohesión, la rueda se romperá crudamente, con gran peligro por nuestra parte. Detengámosla. No sigamos más. Quedemos conformes con suponer lo que puede ocurrir.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO





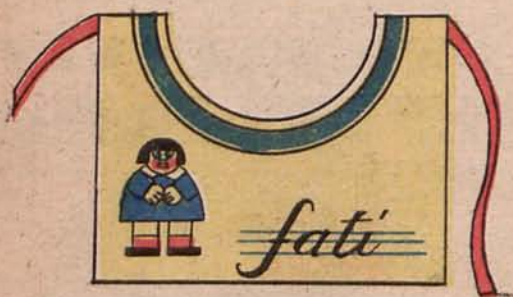
SECCIÓN PIRULA

PIRULA MODISTA

Delantal y babero.—¿Querréis creer, lectorcitas mías, que hay niños a quienes no les gusta ponerse el delantal? Y cuidado que esto es raro, ya que el delantal es imprescindible para proteger la pulcritud del traje.



Pues ¿y los niños que se empeñan en no ponerse el babero? Confieso que esta manía me sorprende mucho. ¡Cuánto más cómodo es tener el babero anudado al cuello, al comer, que la servilleta encima de las rodillas, como las personas mayores! Bien es verdad que, como ya sabéis, muchos niños sienten verdadero afán por parecer señores o señoras; tampoco lo comprendo. ¡Con lo bien que se está de chico!



Tengo la seguridad de que aun a esos adversarios empedernidos de baberos y delantales les han de agradar los dos modelos que hoy os presento. ¿No lo creéis así también? Son tan fáciles de confeccionar con tela recortada, pegada sobre bayeta amarilla, que realmente no requieren ninguna explicación.



PIRULA MUEBLISTA

Un costurero.—En varias ocasiones, lectorcitas queridas, os habré presentado bolsas para la costura; pero creo que esta es la primera vez que dibujo un mueble con esta finalidad.

Sin embargo, un costurero es el más adecuado de los muebles en un cuarto de niña, ya que ni los graves estudios de una sesuda colegiala, ni los ejercicios al aire libre de una pequeña campeona de *tennis*, deben hacerla olvidarse de los encantos de las labores manuales.

Para realizar el adjunto modelo encargaráis al carpintero sencillamente el bastidor con sus cuatro pies. La bolsa se compone de un trozo de tela de unos cincuenta centímetros de ancho, que vosotras mismas clavaréis por una orilla, alrededor del cuadro de madera; esta operación no es nada peligrosa ni aun para vuestros delicados deditos, ya que utiliza-

réis clavitos diminutos y finos, y un martillo pequeño y ligero, casi como los de juguete. Clavada la tela por una orilla, la otra orilla se junta, y en el pico así formado se cose un grueso borlón.

Como el costurero no es plegable y, por lo tanto, sería difícil de llevar, no le he puesto asas; pero como tampoco conviene que lo arrastréis tirando de él, porque la doncella protestaría invocando el brillo del sue-

lo encerado, os aconsejo que recomendéis al carpintero que coloque en cada pie una «rueda-bola». Estas ruedas especiales ofrecen la ventaja de que el mueble a que se adaptan, gira indistintamente en cualquier sentido con sólo que se le dé un leve empujón. Serán el complemento perfecto de este costurero, en que guardaréis las labores empezadas, que me hacéis el alto honor de reproducir de los dibujos de mi Sección.

